

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, CONTRA ADIMANTO, DISCÍPULO DE MANIQUEO

Se concilian las sentencias de las Escrituras, que Adimanto había recopilado del Antiguo y Nuevo Testamento como si fueran contradictorias, argumentando que ambos Testamentos no podían proceder de un mismo Dios.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre lo que está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", hasta lo que está escrito: "Y fue la tarde y la mañana, el día uno" (Gén. I, 1-5). Los maniqueos más ignorantes consideran que este capítulo de la Ley es contrario al Evangelio, diciendo que en el Génesis está escrito que Dios creó por sí mismo el cielo, la tierra y la luz; mientras que en el Evangelio está escrito que el mundo fue hecho por nuestro Señor Jesucristo, donde se dice: "Y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció" (Juan I, 10). Se les refuta de tres maneras. Primero, porque cuando se dice: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", el cristiano entiende a la misma Trinidad, donde no solo se comprende al Padre, sino también al Hijo y al Espíritu Santo. No creemos en tres dioses, sino en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo: aunque el Padre es Padre, el Hijo es Hijo, y el Espíritu Santo es Espíritu Santo. Sería largo discutir aquí sobre la unidad de la Trinidad. Luego, porque donde se dice: "Dijo Dios: Sea hecho, y fue hecho", es necesario entender que lo hizo por medio del Verbo. El Verbo del Padre es el Hijo. Por tanto, este capítulo del Génesis, donde está escrito: "Y dijo Dios: Sea hecho, y fue hecho", no contradice al pasaje del Evangelio donde se dice: "Y el mundo fue hecho por él", es decir, por nuestro Señor; porque él es el Verbo del Padre por el cual fueron hechas todas las cosas. Finalmente, si en el Génesis no se entiende al Hijo porque no se dice que Dios lo hizo por medio del Hijo, tampoco en el Evangelio se dice que Dios alimenta a las aves y viste a los lirios por medio del Hijo (Mat. VI, 26-30), y otras innumerables cosas que el mismo Señor dice que hace el Padre: aunque no diga que las hace por medio del Hijo. Y cuando añaden el testimonio del Apóstol, que dice de nuestro Señor Jesucristo: "Él es el primogénito de toda criatura; y todas las cosas fueron hechas por él en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles" (Col. I, 15-16); y dicen que este capítulo es contrario al Génesis, donde se dice que Dios hizo el mundo sin mencionar específicamente al Hijo: están gravemente equivocados; y no ven que, si así fuera, el mismo Apóstol sería contrario a sí mismo, cuando en otro lugar dice: "De quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas" (Rom. XI, 36); y no nombra al Hijo. Así como aquí no se nombra al Hijo, pero se entiende; así también en el Génesis: y así como estos dos capítulos de Pablo no se contradicen entre sí; tampoco el Génesis contradice al Evangelio.

CAPÍTULO II

1. Sobre lo que está escrito: "Y acabó Dios en el sexto día toda su obra que había hecho, y en el séptimo descansó de toda su obra que había hecho" (Gén. II, 2). Los maniqueos también critican este pasaje, diciendo que es contrario al Nuevo Testamento lo que está escrito en el Génesis, que Dios descansó el séptimo día de toda su obra que había hecho: porque el Señor en el Evangelio dice: "Mi Padre hasta ahora trabaja" (Juan V, 17). Lo cual de ninguna manera es contrario. El Señor refuta el error de los judíos, que pensaban que Dios había descansado el séptimo día de tal manera que desde entonces no hacía nada. Pero descansó de toda su obra que había hecho, de modo que ya no hizo el mundo con todo lo que hay en él: no obstante, no dejó de administrar el mundo. No está escrito: "Dios descansó de toda su obra, para no trabajar más". Sino que está escrito: "Dios descansó de toda su obra que había hecho": de modo que ya no trabajaba en la creación del mundo, de la cual cesó después de su perfección;

sino que trabajaba en su administración, en la cual el Señor indicó que estaba. Y ese descanso no significa que Dios buscara una pausa después del trabajo, sino que cesó de establecer las naturalezas de las cosas después de su perfección, aunque sigue trabajando en su administración.

2. Los judíos no entendían las observancias del sábado, pensando que debían cesar incluso de las obras que valen para la salvación de los hombres. Por eso el Señor los refutó en otros lugares, con la maravillosa comparación del buey que cae en un pozo y del asno que debe ser desatado para llevarlo a beber (Luc. XIV, 5, y XIII, 15). El sábado, no rechazado, sino entendido por los cristianos, dejó de observarse carnalmente, pero se retiene espiritualmente por los santos, que entienden la voz del Señor llamando al descanso, y diciendo: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera" (Mat. XI, 28-30). Este sábado, es decir, este descanso, es lo que significa aquella Escritura, que los judíos no entendían, y que seguían carnalmente como una sombra, de la cual la verdad, como el cuerpo de esa sombra, nos sería dada. Pero así como se insinúa el descanso de Dios después de la creación del mundo; así el descanso que se nos promete, lo alcanzaremos después de las obras que tenemos en este mundo, si son justas, en la séptima y última parte del siglo, de la cual es largo discutir. Por tanto, el Señor no anula la Escritura del Antiguo Testamento, sino que obliga a entenderla: ni disuelve el sábado para que perezca lo que se figuraba, sino que lo revela para que aparezca lo que se ocultaba.

CAPÍTULO III

1. Sobre lo que está escrito en el Génesis: "Y dijo Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda. Y Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y mientras dormía, tomó una de sus costillas, de la cual formó a Eva, y la trajo a Adán; y dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer" (Gén. II, 18-24). Los maniqueos también critican este pasaje, diciendo que es contrario al Nuevo Testamento, donde Dios se describe formando a la mujer y uniéndola al hombre: porque en el Evangelio el Señor dice: "Todo el que haya dejado casa, o mujer, o padres, o hermanos, o hijos por el reino de los cielos, recibirá cien veces más en este tiempo, y en el siglo venidero poseerá la vida eterna" (Mat. XIX, 29; Mar. X, 29-30, y Luc. XVIII, 29-30). En esta crítica me sorprende que estén tan cegados, o más bien no me sorprende: "Los ha cegado su malicia", como está escrito (Sab. II, 21). Sin embargo, ¿quién no ve tantos preceptos en el Nuevo Testamento sobre amar a la esposa? ¿Por qué dicen que el Antiguo Testamento es contrario a esta sentencia del Señor, que dice que la esposa debe ser dejada por el reino de los cielos, y no el mismo Nuevo Testamento contrario a sí mismo? Lo cual es un sacrilegio decir. Deben ser entendidos, no acusados temerariamente, los que a los ignorantes les parecen contrarios.

2. Pues el Señor, interrogado por los judíos sobre si le agradaba dar carta de divorcio para despedir a la esposa, les respondió diciendo: "¿No habéis leído que el que los hizo al principio, los hizo varón y hembra; y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre". Ellos le dicen: "¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y despedirla?" Jesús les dice: "Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió despedir a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. Y os digo que cualquiera que despida a su mujer, salvo por causa de fornicación, la hace cometer adulterio: y el que se casa con la repudiada, comete adulterio" (Mat. XIX, 3-9). Aquí tienen confirmada la sentencia del Antiguo Testamento por el mismo Señor contra la

ignorancia de los judíos. Al mismo tiempo, también dio testimonio de Moisés, que permitió el divorcio por la dureza de sus corazones. ¿Acaso dicen que el Evangelio es contrario al Evangelio? Si dicen que este capítulo es falso y añadido por los corruptores de las Escrituras (pues esto suelen decir cuando no encuentran qué responder); ¿qué si otro dice que es falso y añadido lo que ellos presentan diciendo el Señor: "Todo el que haya dejado casa o mujer o padres o hijos por el reino de los cielos", etc.? No entienden los miserables cómo intentan destruir toda la fe cristiana cuando dicen estas cosas. Pero la verdadera fe y la disciplina de la Iglesia católica confirman que ambas son verdaderas y dichas por el Señor, y de ninguna manera son contrarias: porque tanto la unión del marido y la mujer es del Señor, como el dejar a la esposa por el reino de los cielos es del Señor. No porque Jesucristo resucitó a los muertos y les dio vida, por eso la vida misma no debe ser dejada por el reino de los cielos. Así, aunque el Señor dio la esposa al hombre, debe ser dejada, si es necesario, por el reino de los cielos. No siempre es necesario, como dice el Apóstol: "Si algún hermano tiene mujer incrédula, y ella consiente en vivir con él, no la despida" (I Cor. VII, 12). Significa que si no consiente en vivir con él, es decir, si aborrece en él la fe de Cristo, y no lo soporta porque es cristiano, debe ser dejada por el reino de los cielos: como el mismo apóstol dice en lo siguiente: "Pero si el incrédulo se separa, que se separe; no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso". Si alguien, pues, deja el reino de los cielos, mientras no quiere dejar a la esposa que no soporta al marido cristiano, es desaprobado por el Señor: y también si un hombre deja a su esposa dando carta de divorcio, cuando no hay causa de fornicación o de obtener el reino de los cielos, es igualmente desaprobado por el Señor. Así, ni estos dos capítulos evangélicos se encuentran contrarios entre sí, ni el Evangelio al Antiguo Testamento: porque allí la esposa se une al marido, para que juntos merezcan poseer el reino de los cielos; y así se ordena dejar a la esposa, si impide al marido poseer el reino de los cielos.

3. Y por eso cuando el Apóstol exhorta a los cristianos, es decir, a los maridos y esposas; ¿acaso no se dice: "Amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella"? y, "Las mujeres estén sujetas a sus maridos como al Señor; porque también la Iglesia está sujeta a Cristo"? ¿No es cierto que lo que estos miserables ridiculizan en el Antiguo Testamento, que está escrito: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne", el mismo apóstol lo toma en gran sacramento, cuando dice: "Este misterio es grande, pero yo hablo en cuanto a Cristo y la Iglesia"? Luego añade: "Sin embargo, cada uno ame a su esposa como a sí mismo; y la mujer respete a su marido" (Efes. V, 25, 22, 31, 32, 33). ¿No es cierto que en otro lugar muestra evidentemente que tanto la naturaleza como la unión de ambos sexos consisten en el Señor Dios creador y ordenante, cuando dice: "Sin embargo, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque así como la mujer procede del hombre, así también el hombre nace por medio de la mujer; pero todo procede de Dios" (I Cor. XI, 11, 12)? Si quisieran considerar esto, no harían oscuridad para los ignorantes con ciertos capítulos separados y puestos en gran fraude como contrarios entre sí; sino que sentirían que todo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está escrito y encomendado por un solo Espíritu Santo.

4. Pues también en el Antiguo Testamento tienen en el profeta Isaías cuán grandes son las promesas a los eunucos: para que no piensen que solo en el Nuevo son alabados por el Señor, donde dice que hay algunos que se han hecho eunucos por el reino de los cielos, y añadió: "El que pueda recibir esto, que lo reciba" (Mat. XIX, 12). Pues Isaías también dice: "Así dice el Señor a los eunucos que guardan mis preceptos, y eligen lo que yo quiero, y son capaces de mi pacto; les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que el de

hijos e hijas: les daré un nombre eterno, que nunca será borrado" (Isa. LVI, 4, 5). Porque aunque el pueblo que recibió el Antiguo Testamento estaba sujeto a ciertas sombras y figuras de las cosas antes de la venida del Señor, según la maravillosa y ordenadísima distribución de los tiempos; sin embargo, en él hay tanta predicación y anuncio del Nuevo Testamento, que no se encuentran en la disciplina evangélica y apostólica preceptos y promesas, aunque arduos y divinos, que faltan en esos Libros antiguos. Pero las santas Escrituras no desean acusadores temerarios y soberbios, sino lectores diligentes y piadosos.

CAPÍTULO IV

Sobre lo que está escrito en el Génesis: "Y dijo el Señor a Caín: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora eres maldito de la tierra, que ha absorbido y recibido la sangre de tu hermano de tu mano: te será necesario trabajar la tierra, que te dará frutos estériles" (Gén. IV, 10-12). A este capítulo del Génesis, donde Caín recibe la maldición de ser castigado con la esterilidad de la tierra, los maniqueos critican, queriendo demostrar que es contrario al Evangelio, no me parece que piensen que tratan con hombres, sino más bien como si fueran bestias quienes los escucharan o leyeran sus escritos; así han abusado de la ignorancia y lentitud de ingenio, o más bien de la ceguera del alma de ellos. Pues dijeron que este capítulo es contrario a lo que el Señor dice a sus discípulos en el Evangelio: "No os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana se preocupará de sí mismo. Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros" (Mat. VI, 34, 26). Como si Caín, el parricida, fuera comparable a los discípulos de Cristo, de modo que, puesto que él mereció el castigo de la esterilidad de la tierra, sería consecuente que también ellos, que seguían al Señor Jesucristo predicando el Evangelio, sufrieran la misma esterilidad. Más bien, en estos dos capítulos, uno del Génesis y otro del Evangelio, que han puesto como enemigos entre sí, se encuentra tanta amistad y concordia, que no se podría desear mayor. Pues, ¿qué más congruente que aquel, cuyo hermano fue asesinado por su crimen, también en la tierra trabajara seguido de la esterilidad: pero aquellos, por cuyo ministerio al predicar la palabra de Dios se liberaban hermanos, incluso sin preocuparse por el mañana, la tierra fructífera les sirviera? Si en el Antiguo Testamento se horrorizan de que la tierra se hiciera estéril por la maldición de Dios al pecador; ¿por qué no se horrorizan en el Nuevo Testamento de que la higuera se secase por la maldición de nuestro Señor Jesucristo (Mat. XXI, 19), sin pecado de su dueño? También si se deleitan con la sentencia del Señor, que dice a los discípulos que no se preocupen por el mañana, porque Dios cuida de su sustento; ¿por qué no se deleitan con la sentencia profética que cantó diciendo: "Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará" (Sal. LIV, 23)? De este modo, si pueden, los miserables entiendan que aquellas cosas que detestan en el Antiguo Testamento, dichas de Dios, son tan rectas que también se encuentran en el Nuevo; y aquellas que alaban y predicán en el Nuevo, también se encuentran en el Antiguo: de donde se hace claro para los bien entendidos la manifiesta concordia de ambos Testamentos.

CAPÍTULO V

1. Sobre lo que está escrito en el Génesis: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. I, 26). Los maniqueos dicen que este pasaje del Génesis, donde está escrito que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, es contrario al Nuevo Testamento, porque el Señor en el Evangelio dice a los judíos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer: él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él" (Juan VIII, 44): y que en otro lugar los judíos son llamados generación de víboras y serpientes (Mat. III, 7, y XXIII, 33). No entienden que aquello fue dicho del hombre antes de pecar, que fue hecho a imagen y

semejanza de Dios: pero esto que está en el Evangelio, "Vosotros sois de vuestro padre el diablo", se dice a los pecadores e infieles. Porque en las Escrituras santas el nombre de hijos se toma de tres maneras: una, según la naturaleza, como Isaac hijo de Abraham, o también los demás judíos que vienen de la misma origen: otra, según la doctrina, para que se llame hijo de alguien en esa cosa de la cual aprendió algo; como el Apóstol llama a sus hijos a quienes aprendieron de él el Evangelio (I Cor. IV, 14, 15): tercera, según la imitación, como el Apóstol nos llama hijos de Abraham, que imitamos su fe (Gál. III, 7). De dos maneras, pues, los pecadores infieles judíos son llamados hijos del diablo por el Señor; o porque de él aprendieron la impiedad, como el Apóstol dice de él mismo, "que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Efes. II, 2): o porque lo imitan, lo cual se refiere más a lo que de él se dijo, "Y no permaneció en la verdad"; porque también los judíos no permanecieron en la verdad de la ley que les fue dada, atestiguando el Señor y diciendo: "Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí: porque él escribió de mí" (Juan V, 46). Según los mismos venenos de los pecadores, también son llamados generación de serpientes y víboras.

2. Sin embargo, no solo el Génesis, sino también el Apóstol proclama que el hombre fue hecho a imagen de Dios, cuando dice: "El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es gloria del hombre" (I Cor. XI, 7). Y para que se entienda claramente que el hombre fue hecho a imagen de Dios no según la antigüedad del pecado que se corrompe, sino según la conformación espiritual, el mismo apóstol advierte que, despojados de la costumbre de los pecados, es decir, del hombre viejo, nos revistamos de la nueva vida de Cristo, a quien llama el nuevo hombre. Y para enseñar que esto lo hemos perdido alguna vez, llama a esa renovación. Pues así habla: "Despojándoos del hombre viejo con sus actos, vestíos del nuevo, que se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó" (Colos. III, 9, 10). Por tanto, los hombres renovados a su imagen son hijos de Dios, y hechos semejantes a él hasta el amor al enemigo: como el Señor dice, debemos amar a nuestros enemigos, para ser semejantes a nuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 44, 45). La Escritura enseña que esto está puesto en nuestro poder por el mismo Dios, cuando dice: "Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan I, 12). Sin embargo, los hombres son llamados hijos del diablo cuando imitan su impía soberbia, y caen de la luz y altura de la sabiduría, y no creen en la verdad: tales son reprendidos por el Señor cuando dice: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo", etc. A lo cual el profeta concuerda, diciendo: "Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos vosotros; pero como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis" (Sal. LXXXI, 6, 7).

CAPÍTULO VI.

Sobre lo que está escrito en Éxodo: "Honra a tu padre y a tu madre" (Éxodo XX, 12). A este pasaje, donde Dios ordena honrar a los padres, los maniqueos dicen que es contrario al pasaje del Evangelio donde el Señor, a uno que le dice: "Iré primero a enterrar a mi padre", responde: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú, en cambio, ve y anuncia el reino de Dios" (Luc. IX, 59, 60). Esto se resuelve de la misma manera que lo anterior, donde se dijo que se debía dejar a la esposa "por el reino de los cielos": porque debemos honrar a los padres, y sin embargo, por la proclamación del reino de Dios, no los despreciamos con impiedad. Pues si el Evangelio es contrario al Antiguo Testamento por esta sentencia, también comienza a ser contrario al Apóstol, quien exhorta a los hijos a honrar a los padres, y a los padres a amar a los hijos (Efes. VI, 2-4, y Colos. III, 20, 21). No solo eso, sino que también el Señor parecería ser contrario a sí mismo (lo cual es impío creer), porque en otro lugar dice al hombre que busca la vida eterna: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos", entre los cuales también menciona: "Honra a tu padre y a tu madre".

Cumpliendo estos mandamientos, también se crece en el amor a Dios, en el cual está toda la perfección. Pues el amor al prójimo es un paso seguro hacia el amor a Dios. Y por eso, al que responde que ha guardado todos esos mandamientos, le dice que le falta una cosa si quiere ser perfecto: que venda todo lo que tiene, lo dé a los pobres y lo siga (Mat. XIX, 17-21). De lo cual es evidente que el honor a los padres debe ser guardado en su grado, y sin embargo, en comparación con el amor divino, especialmente si son un obstáculo, deben ser despreciados sin duda alguna. Pues también en las Escrituras antiguas está escrito: "El que dice a su padre o a su madre, no os conozco, y el que no reconoce a sus hijos, él mismo ha reconocido tu pacto" (Deut. XXXIII, 9). Por lo tanto, si en el Nuevo Testamento se recomienda el amor a los padres, y en el Antiguo se recomienda el desprecio a los padres, ambos Testamentos concuerdan en ambos aspectos.

CAPÍTULO VII.

1. Sobre lo que está escrito en Éxodo: "Yo soy un Dios celoso, que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian" (Éxodo XX, 5). A este pasaje, los maniqueos dicen que es contrario lo que el Señor dice en el Evangelio: "Sed benignos como vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre buenos y malos" (Mat. V, 45); y aquello otro que el mismo Señor dice: "No solo se debe perdonar al hermano que peca siete veces, sino también setenta veces siete" (Id. XVIII, 22). Sin embargo, si les pregunto si Dios no castiga a sus enemigos, sin duda se turbarán. Pues ellos mismos dicen que Dios ha preparado una prisión eterna para la raza de las tinieblas, que dicen ser enemiga de Dios. Y no solo eso, sino que no dudan en decir que también castigará a sus propios miembros junto con esa raza. Pero cuando llegan a los capítulos del Antiguo y Nuevo Testamento, para engañar a los ignorantes y acusarlos de ser contrarios entre sí, fingen ser muy buenos. Pero díganos, ¿a quiénes dirá el Señor: "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Id. XXV, 41), si perdona a todos y no condena a nadie? Por lo tanto, se debe entender que también es justo lo que Dios retribuye los pecados de los padres a los hijos que lo odian. Pues al añadir "que me odian", se entiende que son castigados por los pecados de los padres aquellos que han querido perseverar en la misma perversidad de los padres. Tales no son castigados por la crueldad, sino más bien por la justicia de Dios y su propia iniquidad, como dice el Profeta: "El Espíritu Santo de disciplina huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos que carecen de entendimiento, y será corregido por la iniquidad que sobreviene" (Sab. I, 5): es decir, el hombre será corregido por la iniquidad que le sobreviene, cuando el Espíritu Santo se haya apartado de él. Y en otro lugar: "Estas cosas pensaron, y erraron; pues su malicia los cegó" (Id. II, 21): Y en otro lugar: "Cada uno es atado con las cuerdas de sus propios pecados" (Prov. V, 22). A estos testimonios del Antiguo Testamento concuerda el Apóstol en el Nuevo, diciendo: "Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones" (Rom. I, 24). Con esta concordia de ambos Testamentos se muestra suficientemente que Dios no es cruel, sino que cada uno se ensaña en sí mismo pecando.

2. Pero lo que está escrito que la venganza procede hasta la tercera y cuarta generación, no creo que signifique otra cosa que desde el mismo Abraham, que comienza a ser padre del pueblo judío, hay cuatro edades con esta que ahora se lleva a cabo, que el evangelista Mateo distingue (Mat. I, 17). Una es desde Abraham hasta David: otra, desde David hasta la deportación a Babilonia: la tercera, desde la deportación a Babilonia hasta la venida del Señor: desde entonces hasta el fin se cuenta la cuarta, como la vejez del mundo, más larga que las otras edades. Creemos que estas edades se han puesto por generaciones, aunque cada una consta de varias generaciones. Y puesto que la tercera comienza con la deportación a Babilonia, cuando se produjo la cautividad de los judíos; y en la cuarta, es decir, después de

la venida de nuestro Señor, la nación judía fue completamente erradicada de su propio suelo: se da a entender lo que se dijo, que Dios retribuirá los pecados de los padres a la tercera y cuarta generación, a aquellos legítimamente y debidamente, que prefirieron perseverar en los pecados de los padres que seguir la justicia de Dios. Pues que los pecados del padre no afectan al hijo que vive justamente, el profeta Ezequiel lo muestra clarísimamente (Ezequiel XVIII, 14-17).

3. Pero lo que se dice en el Evangelio: "Sed benignos como vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre buenos y malos"; no es contrario al Antiguo Testamento. Pues Dios hace esto para invitar al arrepentimiento, como dice el Apóstol: "¿Ignoras que la paciencia de Dios te invita al arrepentimiento?" Sin embargo, no se debe creer que Dios no castigará a aquellos que, como dice el mismo apóstol, "atesoran para sí mismos ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras" (Rom. II, 4, 5). Pues esta paciencia y bondad de Dios también la proclama el Profeta, diciendo: "Perdonas a todos, porque todos son tuyos, que amas las almas" (Sab. XI, 27); y otras innumerables cosas por las cuales se entiende que en bondad y severidad, la misericordia y justicia de Dios son proclamadas por ambos Testamentos.

4. Si se conmueven por lo que se dice: "Yo soy celoso"; también deberían conmoverse por lo que dice el apóstol Pablo: "Os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo" (II Cor. XI, 2). La Sagrada Escritura, hablando con nuestras palabras, también demuestra a través de estas palabras que nada digno puede decirse de Dios. Pues, ¿por qué no se dirían también estas palabras de esa majestad, de la cual, cualquier cosa que se diga, se dice indignamente; porque todas las riquezas de todas las lenguas son superadas por su inefable sublimidad? Pues ya que los maridos suelen guardar la castidad de sus esposas con celo, la potestad y disciplina de Dios, que no permite que el alma fornicque impunemente, las Escrituras la han llamado celo de Dios. Pero la fornicación del alma es la aversión de la fecundidad de la sabiduría, y la conversión al concepto de las corrupciones y tentaciones temporales.

5. Lo que dice que se debe perdonar al hermano, no solo siete veces, sino setenta veces siete, lo dice ciertamente al que se arrepiente. Pero Dios dice que retribuirá los pecados a aquellos que lo odian, no a los que se reconcilian con él por el arrepentimiento. Pues también en el profeta el Señor dice: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ezequiel XVIII, 23, y XXXIII, 11). De lo cual se hace evidente que en esa paciencia que invita al arrepentimiento, y en esa indulgencia que perdona a los penitentes, y en esa justicia que castiga a los que no quieren corregirse, ambos Testamentos concuerdan y coinciden, como si ambos hubieran sido escritos por un solo Dios.

CAPÍTULO VIII.

Sobre lo que está escrito en Éxodo, "Ojo por ojo, diente por diente" (Éxodo XXI, 24); y otras cosas semejantes. A este pasaje, los maniqueos calumnian que en la antigua Ley se permite una venganza igual, y se dice que se debe perder ojo por ojo, diente por diente, como si el mismo Señor hubiera demostrado en el Evangelio que estas dos cosas son adversas y contrarias entre sí. Pues él mismo dice: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: Ojo por ojo, y diente por diente; pero yo os digo, no resistáis al mal; sino que si alguien te golpea en la mejilla, ofrécele también la otra; y al que quiera pleitear contigo y quitarte la túnica, déjale también el manto" (Mat. V, 38-40). En estas dos sentencias realmente se demuestra la diferencia de los dos Testamentos, pero ambos constituidos por un solo Dios. Pues como al principio los hombres carnales ardían en deseos de vengarse mucho más de lo que era la

injuria de la que se quejaban, se les estableció el primer grado de mansedumbre, para que la medida de la injuria recibida de ninguna manera fuera superada por el dolor del vengador. Pues así también podría alguna vez perdonar la injuria, quien primero aprendió a no superarla. Por eso el Señor, ya conduciendo al pueblo a la suma paz por la gracia del Evangelio, sobre este grado edificó otro; para que quien ya había oído que no debía devolver una venganza mayor de la que había sido herido, con mente apaciguada se alegrara de perdonar todo. Lo cual también en aquellos libros antiguos el Profeta proclama, diciendo: "Señor Dios mío, si he hecho esto, si hay iniquidad en mis manos, si he devuelto mal a los que me retribuyen" (Sal. VII, 4, 5). Y otro profeta dice de un hombre que sufre injurias y las tolera con gran mansedumbre: "Daré la mejilla al que lo hiere, se saciará de oprobios" (Lam. III, 30). De lo cual se entiende que la medida de la venganza fue correctamente establecida para los carnales, y que la remisión total de la injuria no solo se ordena en el Nuevo Testamento, sino que mucho antes se predijo en el Antiguo.

CAPÍTULO IX.

1. Sobre lo que está escrito, que Dios habló con Adán y Eva, y con la serpiente, y con Caín, y con otros antiguos (Gén. III, IV, XIII, etc.): entre los cuales también se escribe que apareció a algunos, y fue visto por ellos, no en un solo lugar, sino en muchos lugares de las Escrituras, en los cuales se encuentra que Dios habló con los hombres, y apareció a algunos: los maniqueos acechan, y dicen que todo es contrario al Nuevo Testamento, ya que el Señor dice: "A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre; él nos lo ha dado a conocer" (Juan I, 18); y de nuevo lo que dice a los judíos: "Ni su voz habéis oído jamás, ni su rostro habéis visto, ni tenéis su palabra permaneciendo en vosotros: porque no creéis en aquel que él ha enviado" (Id. V, 37, 38). A lo cual respondemos que por el mismo hecho de que en el Evangelio está escrito: "A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el unigénito Hijo que está en el seno del Padre; él nos lo ha dado a conocer", toda esa cuestión puede resolverse: porque el mismo Hijo, que es el Verbo de Dios, no solo en los últimos tiempos, cuando se dignó aparecer en la carne, sino también antes desde la creación del mundo, anunció del Padre a quien quiso, ya sea hablando, ya sea apareciendo, ya sea por algún poder angélico, ya sea por cualquier criatura: porque él es en todo la verdad, y todo le pertenece, y todo le sirve y está sujeto a su voluntad; de modo que incluso a los ojos, por una criatura visible, aparece a quien quiere, cuando se digna, aunque él mismo según su divinidad, y según lo que es el Verbo del Padre, coeterno al Padre e inmutable, por quien fueron hechas todas las cosas, no se ve sino con un corazón purísimo y simplísimo. Y por eso en algunos lugares la misma Escritura testifica que se vio un ángel, donde dice que se vio a Dios (Gén. XVIII, 1 y 2). Como en aquella lucha de Jacob, se dice que el que apareció fue un ángel (Id. XXXII, 24-30). Y cuando apareció en la zarza a Moisés (Éxodo III, 2): y también en el desierto, cuando ya había sacado al pueblo de la tierra de Egipto, cuando recibió la ley, Dios le habló (Id. XIX, 3). Pero ya sea en la zarza, cuando lo envió; ya sea después, cuando le dio la ley; Esteban en los Hechos de los Apóstoles dice que le apareció un ángel (Hechos VII, 30, 35). Lo cual decimos para que nadie piense que el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, puede ser definido como si estuviera en lugares, y aparecer visiblemente a alguien, sino por alguna criatura visible. Pues así como el Verbo de Dios está en el profeta, y se dice correctamente, "Dijo el Señor"; porque el Verbo de Dios, que es Cristo, habla la verdad en el profeta: así también en el ángel él habla, cuando el ángel anuncia la verdad; y se dice correctamente, "Dios dijo"; y, "Dios apareció": y también se dice correctamente, "El ángel dijo", y, "El ángel apareció"; cuando aquello se dice desde la persona del Dios que habita, aquello desde la persona de la criatura que sirve. De esta regla también el Apóstol dice: "¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3).

2. Pero si esto les conmueve, que en el Antiguo Testamento Dios también habla a los pecadores, ya sea a Adán o a Eva, o a la serpiente; también deben considerar en el Nuevo qué tipo de ejemplo puso el Señor sobre el hombre necio y codicioso, cómo el Señor le habló, cuando dice: "Necio, esta noche te será quitada tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será?" (Luc. XII, 20). Pues cuando la verdad se dice incluso a los pecadores, por cualquier criatura que se diga, no se dice sino por aquel que es el único veraz. Pero lo que dice a los judíos, "Ni su voz habéis oído jamás"; lo dice porque no obedecieron, al menos aquellos con quienes hablaba. A quienes también dice, "Ni su rostro habéis visto"; porque no puede. Pero lo que dice, "Ni tenéis su palabra permaneciendo en vosotros"; porque en quien permanece la palabra de Dios, Cristo permanece en él, a quien estos rechazaron. Pues cuando el mismo Señor dijo: "Padre, glorificame con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera"; se oyó una voz del cielo, "Y la he glorificado, y la glorificaré" (Juan XII, 28, y XVII, 5). La cual voz muchos judíos presentes oyeron, sin embargo, no se dice que la oyeron porque no obedecieron para creer. Por lo tanto, si no es de extrañar que el Verbo de Dios, es decir, el unigénito Hijo de Dios, que anuncia del Padre, se manifieste a quien quiere por sí mismo, a quien quiere por alguna criatura, ya sea sonando, ya sea apareciendo, aunque él mismo por sí mismo se vea con un corazón puro, y por él el Padre; "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. V, 8): no es de extrañar que de ambos Testamentos todos estos testimonios concuerden.

CAPÍTULO X.

De lo que está escrito, que Dios habló a Moisés y le dijo: Habla a los hijos de Israel: Tomad las primicias de todo hombre, lo que me destinéis, esto es, oro, plata, bronce, púrpura, lino fino, escarlata, pelo de cabra, pieles rojas de corderos, madera de acacia, aceite para la iluminación, incienso, piedras preciosas, esto es, berilos; y construid un tabernáculo, en el cual pueda habitar con vosotros (Éxodo 25, 2-8). También los maniqueos plantean una cuestión aquí, y dicen que este pasaje de las Escrituras es contrario a lo que se dice en el Evangelio, donde el Señor dice: No jurarás, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies (Mateo 5, 34-35). Disputan, y creen decir algo grande, cuando dicen: ¿Cómo puede habitar en un tabernáculo hecho de oro, plata, bronce, púrpura, y pieles de animales, aquel Dios cuyo trono es el cielo y la tierra el escabel de sus pies? También citan al apóstol Pablo, quien dice que Dios habita en una luz inaccesible (1 Timoteo 6, 16). A estos les respondemos con una cuestión similar, y lo que han sacado del Nuevo Testamento, lo sacamos del Antiguo Testamento. Allí se encuentra escrito primero: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies: ¿qué casa me edificaréis, o qué lugar será mi descanso? ¿No ha hecho mi mano todas estas cosas? (Isaías 66, 1-2). He aquí que tienen donde los libros del Antiguo Testamento proclaman que Dios no habita en templos hechos por manos humanas: y sin embargo, el Hijo de nuestro Dios, haciendo un látigo de cuerdas, expulsó del templo a los que vendían bueyes y palomas, y volcó las mesas de los cambistas; y dijo: La casa de mi Padre será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Juan 2, 15-16; Mateo 21, 12-13). Si, por tanto, alguien, con estos dos capítulos opuestos, quiere engañar a los ignorantes, y decir que en el Antiguo Testamento se magnifica a Dios, de quien se dice que el cielo es su trono y la tierra el escabel de sus pies, y se niega que habite en una casa hecha por manos humanas; pero en el Nuevo Testamento se dice que su casa es un templo construido por hombres: ¿no admitirán los maniqueos, aunque sea tarde, que el lugar de habitación de Dios hecho por manos humanas se toma en ambos Testamentos con algún significado; y que se proclama en ambos Testamentos que Dios no habita en lugares fabricados por hombres?

CAPÍTULO XI.

De lo que está escrito en Éxodo: No adoraréis a dioses ajenos: y de nuevo, vuestro Dios es llamado celoso; porque celoso es (Éxodo 20, 5; 34, 14). A este capítulo que dice: No adoraréis a dioses ajenos, los maniqueos lo critican, mostrando claramente que les agrada adorar a muchos dioses. Y no es de extrañar, ya que en su secta mencionan y recomiendan una numerosísima familia de dioses: pues incluso han llegado a venerar estas cosas visibles, que veneran y adoran en lugar de la luz de esta verdad; y por eso les desagrada lo que está escrito en Éxodo: No adoraréis a dioses ajenos. Añaden también que esto se dijo porque vuestro Dios es llamado celoso; porque celoso es: para que no amemos a un Dios celoso, cuyo celo no nos permite adorar a dioses ajenos. Y por eso dicen que estas cosas son contrarias al Evangelio, porque el Señor dice: Padre justo, el mundo no te ha conocido (Juan 17, 25): como si no se debiera llamar justo a Dios, a menos que nos permita adorar a dioses ajenos. Disertan que un Dios justo y un Dios celoso son contrarios entre sí, y engañan a los miserables, no entendiendo que toda la esperanza de nuestra salvación es el celo de Dios. Pues con este nombre se significa aquella providencia suya, por la cual no permite que ninguna alma se prostituya impunemente, como dice el Profeta: Destruirás a todos los que se apartan de ti (Salmo 72, 27). Pues así como lo que se llama ira de Dios no es perturbación de la mente, sino poder de vindicar: así el celo de Dios no es tormento del ánimo, como suelen ser atormentados el marido contra la esposa, o la esposa contra el marido, sino la justicia más tranquila y purísima, por la cual ninguna alma se permite ser bienaventurada, corrompida por falsas opiniones y deseos perversos, y de algún modo preñada. Pues estas palabras horrorizan a aquellos que aún no han visto que a la inefable majestad no le convienen palabras. Pues creen que deben abstenerse de estas palabras, como si dijeran algo digno de Dios, cuando no dicen estas cosas. El Espíritu Santo, insinuando esto mismo a los hombres inteligentes, quiso usar incluso estas palabras, que entre los hombres suelen considerarse viciosas; para que se advirtiera que incluso aquellas que los hombres creen decir con alguna dignidad de Dios, son indignas de su majestad, a quien más le conviene el silencio honorífico que cualquier voz humana. Busco el celo del hombre, y encuentro una perturbación que atormenta el corazón. Sin embargo, cuando busco la causa, no encuentro otra cosa que no soporta el adulterio del cónyuge. Pues sobre todo y propiamente entre los matrimonios suele llamarse celos. Por tanto, si el marido fuera por sí mismo bienaventurado y omnipotente y justo, sin ningún tormento, y con toda facilidad, y sin ninguna iniquidad, vindicaría el pecado del cónyuge. Sin embargo, esta acción suya, aunque no propiamente, la llamaría celo de manera figurada y correcta. Pues ¿quién ha calumniado a Cicerón, quien ciertamente sabía hablar latín, cuando dijo a César: Ninguna de tus virtudes es más admirable ni más grata que la misericordia (Pro Q. Ligario, al final)? Y sin embargo, dicen que la misericordia se llama así porque hace miserable el corazón del que sufre por la miseria ajena. ¿Acaso, entonces, la virtud hace miserable el corazón? ¿Qué respondería Cicerón a los calumniadores, sino que quiso llamar clemencia con el nombre de misericordia? Porque solemos hablar correctamente, no solo usando palabras propias, sino también cercanas. Quise mencionar a este autor, porque aquí no se trata de la cosa, sino de la palabra. Pues así como nuestros autores, es decir, de las Sagradas Escrituras, pensaron principalmente en las cosas; así los autores mundanos casi toda su preocupación es por las palabras. Pero tengo el Evangelio, y todos los libros del Nuevo Testamento, en los cuales se recomienda frecuentísimamente la misericordia de Dios. Si se atreven, pues, estos miserables, también de ahí hagan cuestión, y nieguen que Dios es misericordioso, para que no se entienda que tiene un corazón miserable. Así como puede haber en Dios misericordia sin miseria del corazón: así también sin mancha y sin tormento del ánimo no desdeñemos aceptar el celo de Dios; y soportemos la condición del lenguaje humano, para que lleguemos al silencio divino. Pero si dicen que son contrarios un Dios

celoso y un Dios justo; ¿qué dirán cuando también en el Nuevo Testamento encuentro: Con celo de Dios os celo (2 Corintios 11, 2); o también el testimonio de los antiguos en el Evangelio: El celo de tu casa me consume (Juan 2, 17; Salmo 68, 10)? De nuevo, en el Antiguo, cuando leen: Justo es el Señor, y ama la justicia, la equidad ve su rostro (Salmo 10, 8): ¿no admitirán que también de este modo a los ignorantes pueden parecerles contrarios los dos Testamentos, para que en el Nuevo encontremos el celo de Dios, en el Antiguo la justicia de Dios? Pero a los que bien entienden, ambos en ambos Testamentos concuerdan con gran unidad y paz del Espíritu Santo.

CAPÍTULO XII.

1. De lo que está escrito, que no se debe comer sangre, porque la sangre es el alma de la carne (Deuteronomio 12, 23). A esta sentencia de la antigua Ley los maniqueos oponen del Evangelio lo que dice el Señor, que no se debe temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden dañar al alma (Mateo 10, 28); y disputan diciendo: Si la sangre es el alma, ¿cómo los hombres no tienen poder sobre ella, cuando hacen muchas cosas con la sangre, ya sea recogiéndola y ofreciéndola como alimento a perros y aves, ya sea derramándola, o mezclándola con barro y lodo? Pues estas y otras innumerables cosas pueden hacer los hombres con la sangre sin dificultad. Por eso estos preguntan con burla, cómo, si la sangre es el alma, no puede el asesino del hombre dañar al alma, cuando tiene tanto poder sobre su sangre. Añaden también lo que dice el apóstol Pablo: Porque la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (1 Corintios 15, 50): y dicen, Si la sangre es el alma, como dice Moisés, no se encontrará ninguna alma que pueda alcanzar el reino de Dios. A esta calumnia primero se debe responder así, para que se vean obligados a mostrar dónde está escrito en los libros de la antigua Ley, que el alma humana es sangre. Pues en ninguna parte encontrarán esto en esa Escritura, que los miserables, mientras intentan desgarrar, de ningún modo se les permite entender. Pero si de ninguna manera se dice esto del alma humana, ¿qué nos importa si el alma del animal puede ser dañada por el asesino, o no puede poseer el reino de Dios? Pero como estos están demasiado preocupados por las almas de los animales (pues aunque las almas de los hombres son racionales, sin embargo, creen que pueden volver a los animales), piensan que se les cierran los reinos de los cielos, si consienten que se cierren a las almas de los animales.

2. ¿Qué, que incluso Adimanto, uno de los discípulos de Maniqueo, a quien recuerdan como gran maestro de esa secta, se atrevió a insultar al pueblo de Israel? Se atrevió, pues, a insultar al pueblo judío, diciendo que según su entendimiento, en el que creen que la sangre es el alma, las almas de sus padres fueron en parte devoradas por serpientes, en parte consumidas por el fuego, en parte secadas en desiertos y lugares montañosos muy ásperos. Si alguien concediera que esto es verdad, sin embargo, demostraría que se hizo sin culpa de aquellos a quienes quiso insultar. Pues no dañaron en ninguna parte las almas de sus padres, a quienes según su entendimiento les sucedieron todas esas cosas: por lo cual pueden tener luto, no culpa. Pero ¿qué hará Adimanto según su opinión, en la que creyó que incluso las almas racionales, es decir, de los hombres, pueden ser empujadas a cuerpos de animales? ¿Qué hará, pues, con tan gran crimen, si alguna vez azotó a un animal lento, o lo fatigó con el freno, en el que tal vez estaba el alma de su padre? para no decir que incluso pudo matar a sus padres entre piojos y pulgas, de cuya matanza no se abstienen. Pues ¿qué les aprovecha, que a veces niegan que las almas humanas puedan volver hasta estos animales diminutos? Esto lo niegan, para no ser considerados culpables de tantas muertes, o para no verse obligados a perdonar a los piojos y pulgas y chinches, y soportar tantas molestias de ellos sin ninguna licencia para matarlos. Pues se ven muy presionados, ¿por qué puede volver el alma humana a un zorro, y no puede a una comadreja; cuando el cachorro de zorro tal vez sea incluso más pequeño que

una gran comadreja? Luego, si puede a una comadreja, ¿por qué no puede a un ratón? Y si puede a este, ¿por qué no puede a un lagarto? Y si puede a este, ¿por qué no puede a una langosta? Luego a una abeja, luego a una mosca, luego a un chinche, y así hasta llegar a una pulga, y si hay algo más diminuto. Pues no encuentran dónde establecer el límite: y así, por esta creencia absurda, sus conciencias se ven abrumadas por innumerables crímenes de homicidio.

3. Pues de lo que está escrito, que la sangre del animal es su alma; además de lo que dije antes, que no me importa lo que se haga con el alma del animal; también puedo interpretar que ese precepto se puso como un signo. Pues el Señor no dudó en decir: Esto es mi cuerpo (Mateo 26, 26); cuando daba un signo de su cuerpo.

4. Pero lo que dice el Apóstol, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios: también en la Ley se dice, No permanecerá mi espíritu en ellos, porque son carne (Génesis 6, 3). Y tantas veces en los libros antiguos se promete la recompensa futura a las almas de los justos. Pero sin embargo, el Apóstol, queriendo insinuar qué tipo de cuerpo tendrán los justos por la transformación en la resurrección, porque no se casarán, ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en los cielos (Mateo 22, 30): queriendo insinuar, pues, esta transformación futura de los cuerpos de los santos, dijo el Apóstol: Os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios. Lo cual no se puede entender con una sola sentencia separada y mencionada para engañar, sino que se puede encontrar al tratar todo ese pasaje de la Epístola, o más bien al leerlo (pues no es cosa oscura). Pues dice: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Lo cual se encuentra que lo dice del cuerpo, por lo que se dice antes, cuando dice: No toda carne es la misma carne: una es la carne de los hombres, otra la de los animales; otra carne de aves, otra de peces. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales: pero una es la gloria de los celestiales, otra la de los terrenales; una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas. Pues una estrella difiere de otra en gloria; así también la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción: se siembra en deshonra, resucitará en gloria: se siembra en debilidad, resucitará en poder: se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual, como está escrito: El primer hombre Adán fue hecho alma viviente, el último Adán en espíritu vivificante. Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal; después, lo espiritual. El primer hombre de la tierra, terrenal; el segundo hombre del cielo, celestial. Como el terrenal, tales también los terrenales; y como el celestial, tales también los celestiales. Y como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo. Esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción hereda la incorrupción. Ciertamente ya está claro por qué dijo esto el Apóstol. ¿Por qué, pues, este con tan vil fraude no menciona sino solo esto último, y calla lo anterior, por lo cual lo que mal interpreta, bien puede entenderse? Pues porque el cuerpo de nuestro Señor después de la resurrección fue elevado al cielo, de modo que por la misma habitación celestial recibió una transformación celestial, y se nos ha mandado esperar esto en el último día: por eso dijo el Apóstol: Como el terrenal, tales también los terrenales, es decir, mortales; y como el celestial, tales también los celestiales, es decir, inmortales, no solo en las almas, sino también en los cuerpos. Por lo cual también dijo antes, que otra es la gloria de los cuerpos celestiales, y otra la de los terrenales. Pero lo que dijo que el cuerpo será espiritual en la resurrección, no se debe pensar por eso que no será cuerpo, sino espíritu: sino que llama cuerpo espiritual al que estará de todo modo sujeto al espíritu, sin ninguna corrupción o muerte. Pues no porque ahora llamamos cuerpo animal al que tenemos, se debe pensar que no es cuerpo, sino alma. Por tanto, así como ahora se llama cuerpo animal, porque está sujeto al alma; pero aún no se puede llamar espiritual, porque aún no está plenamente sujeto al

espíritu, mientras pueda corromperse: así también entonces se llamará espiritual, cuando no pueda resistir al espíritu y a la eternidad con ninguna corrupción.

5. O si aún parece poco demostrado, que el Apóstol dijo esta sentencia por la transformación que será, cuando dice: La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción; atendan lo que inmediatamente añade y une: He aquí, os digo un misterio: todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta. Porque se tocará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Luego continúa, y dice también aquello que mencioné un poco antes, para mostrar cuál será esa transformación.

Inmediatamente dice: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (1 Corintios 15, 39-53). De aquí, pues, se ve que la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, porque cuando se vista de incorrupción e inmortalidad, ya no será carne y sangre, sino que se transformará en cuerpo celestial. Lo cual hemos tratado por ocasión, porque también a esta sentencia suelen insidiarse mucho, negando la resurrección de los cuerpos. Pues esta cuestión no se propuso sobre el cuerpo, sino sobre el alma, que creen que se toma así en la Ley, como si se pensara que es sangre: lo cual de ningún modo entendemos así. Pero aunque no nos preocupemos de las almas de los animales, con los cuales no tenemos ninguna sociedad de razón: sin embargo, lo que la Ley dice, que se debe derramar la sangre, y no tomarla como alimento, porque es sangre, decimos que se puso como signo. Pues casi todos los sacramentos de esas Escrituras están llenos de signos y figuras de la futura predicación, que ya ha sido declarada por nuestro Señor Jesucristo. Pues así es la sangre el alma, como la roca era Cristo, como dice el Apóstol: Bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo (1 Corintios 10, 4). Es conocido que los hijos de Israel bebieron agua de la roca golpeada en el desierto (Números 20, 11), de los cuales hablaba el Apóstol cuando decía estas cosas; y sin embargo, no dijo, La roca significaba a Cristo; sino que dijo, La roca era Cristo. Lo cual, para que no se entendiera carnalmente, la llama espiritual; es decir, enseña a entenderla espiritualmente. Es largo, y ahora no necesario, exponer los sacramentos de la misma Ley, a menos que puedan hacerse brevemente. Pero basta que sepan aquellos que calumnian estas cosas, que no las entendemos como suelen burlarse; sino como los Apóstoles, entendiendo todo, expusieron pocas cosas, para que a las mismas reglas dejaran las demás a los posteriores para entenderlas.

CAPÍTULO XIII.

1. Sobre lo que está escrito en el Deuteronomio: "Cuida de no olvidar el pacto del Señor tu Dios que Él ha hecho contigo, y no te hagas imágenes ni figuras: añade también diciendo, "Tu Dios es un fuego devorador, un Dios celoso" (Deut. IV, 23, 24). Estas palabras de las Escrituras fueron presentadas de esta manera por Adimanto. Nos hemos comprometido a refutar y rechazar sus calumnias. Pero ya anteriormente, cuando calumniaba sobre el celo de Dios, creo que se ha dado una respuesta suficiente. Recordemos, sin embargo, que no solo allí, sino también aquí, él ha acusado a las Escrituras sobre el celo de Dios, añadiendo también lo que se ordena en esos libros por el Señor nuestro Dios sobre no adorar ídolos; como si no reprochara el celo de Dios por otra razón que no fuera que por ese mismo celo se nos prohíbe el culto a los ídolos: quiere, por tanto, parecer que favorece a los ídolos. Esto lo hacen para ganarse la benevolencia de los paganos hacia su secta miserable y demente. A este capítulo de la Ley opone aquel pasaje evangélico donde alguien se acerca al Señor y le dice: "Maestro bueno, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna?" A lo que Jesús responde: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios" (Marcos X, 17-18). Para que, evidentemente, pensemos que estas cosas son contrarias, porque en la Ley se dice, "Dios es

un fuego devorador" y "Dios celoso"; mientras que en el Evangelio, "Nadie es bueno, sino solo Dios".

2. Y sobre el celo ya se ha respondido, que estas palabras no están puestas en las Escrituras para significar alguna perturbación o sufrimiento de Dios: sino que, como nada digno puede decirse de Dios, por eso se ha llegado hasta estas expresiones, que cuando los hombres las consideran indignas, se ven obligados a aprender que incluso aquellas que creen decir adecuadamente sobre la inefable excelencia divina, son indignas de la majestad de Dios; cuya sabiduría, cuando iba a descender hasta el cuerpo humano, primero descendió hasta las palabras humanas. He aquí que dije, descendió: si comienzo a analizar esta palabra, no veo que la haya dicho propiamente; pues no puede descender, sino aquello que también puede moverse de un lugar a otro. Porque quien desciende, parece abandonar un lugar superior y dirigirse a uno inferior. Pero la Sabiduría de Dios, estando toda presente en todas partes, de ninguna manera puede trasladarse de un lugar a otro. De la cual Juan en el Evangelio habla, como partícipe del pecho del Señor. Dice: "En este mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció: y sin embargo, él mismo añade y dice, 'A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron'" (Juan I, 10-11). ¿Cómo estaba aquí, y cómo vino, sino porque esa sublimidad inefable, para congraciarse con los hombres, debe ser significada con sonidos humanos; pero para hacer dioses a los hombres, debe ser entendida con silencio divino? Por lo tanto, se puede dar razón de por qué se dijo así: sin embargo, no se puede decir nada digno de Dios, que ya es indigno porque pudo ser dicho. Quita del celo el error y el dolor, ¿qué quedará sino la voluntad que guarda la castidad y vindica la corrupción conyugal? ¿Con qué palabra, sino con el celo de Dios, podría mejor insinuarse que somos llamados al matrimonio con Dios, y no quiere que nos corrompamos con amor impuro, y castiga nuestra impudicia, y ama la castidad? No en vano se suele decir: "Quien no cela, no ama".

3. A esto también pertenece lo que se dice, "fuego devorador": sobre lo cual no debo discutir, sino más bien preguntarles a ellos, qué fuego dijo el Señor que vino a traer a este mundo. Esto se dice en el Evangelio, que ellos no pueden acusar, no para honrar a Cristo, sino para engañar a los cristianos. Cuando se les recuerda cómo el Señor dijo, "Fuego vine a traer a la tierra" (Lucas XII, 49); los miserables dicen: "Pero eso es otra cosa". A los cuales respondemos: "Y esto es otra cosa, no temas". Pues el mismo Cristo habla también en el Antiguo Testamento, cuando dice, "Yo soy un fuego devorador" (Deut. IV, 24, y IX, 3); quien habla en el Evangelio, que vino a traer fuego a este mundo, es decir, la Palabra de Dios, que es Él mismo. Pues ciertamente expuso las antiguas Escrituras a los discípulos después de la resurrección, comenzando por Moisés y todos los Profetas, cuando los mismos discípulos confesaron haber recibido fuego, diciendo: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros en el camino, cuando nos abría las Escrituras?" (Lucas XXIV, 32). Él es el fuego devorador: pues el amor divino consume la vida vieja y renueva al hombre: para que de que Dios es un fuego devorador, haga que lo amemos; y de que Dios es celoso, Él nos ame. No temáis, pues, el fuego que es Dios: sino temed el fuego que Dios ha preparado para los herejes.

4. Porque el lugar que Adimanto eligió del Evangelio, que objetaría a este capítulo de la Ley como contrario entre los ignorantes, donde el Señor dice, "Nadie es bueno, sino solo Dios", ¿cuántas veces se encuentra la bondad de Dios en el Antiguo Testamento, quién podría contarlas? Sin embargo, pondré una que se canta diariamente en la Iglesia: "Confesad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna" (Salmo CXVII, 1, 29). Ciertamente, esto también parece ser contrario al Dios celoso, como piensan los maniqueos, y sin embargo se canta en los libros del Antiguo Testamento. Asimismo, aquel rey que hacía bodas para su hijo, encontró entre los comensales a un hombre que no tenía vestido de bodas; y primero llamándolo amigo, ordenó que lo ataran de pies y manos y lo echaran a las tinieblas

exteriores (Mateo XXII, 2-13): a los que entienden mal no les parece bueno. Y si alguien propusiera ese mismo capítulo del Evangelio, y como hace Adimanto con el Antiguo Testamento, así acusara calumniosamente el Evangelio, alabando más bien los libros del Antiguo Testamento, donde está escrito, "Confesad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna"; y reprochando en el Nuevo, que un invitado es enviado a tal castigo por el vestido; y esto lo hiciera con perversa malicia continuamente, recogiendo todos los lugares de lenidad del Antiguo Testamento, y los lugares de severidad del Nuevo, y sostuviera que estos son contrarios entre sí, alabando el Antiguo y reprochando el Nuevo: de manera similar encontraría ignorantes y miserables desconocedores de las Escrituras divinas, a quienes persuadiría que el Antiguo Testamento debe ser retenido más que el Nuevo. Cuando estos hacen lo mismo desde el otro lado, es decir, reprochando el Antiguo como contrario al Nuevo, me sorprende que no piensen que alguien podría leer ambos alguna vez, y con la ayuda divina alabar ambos; y lamentar el fraude y la malicia de estos como de hombres, o precaverse de ellos como de herejes, o ridiculizarlos como de ignorantes y soberbios.

CAPÍTULO XIV.

1. Sobre lo que está escrito en el Deuteronomio: "Mata según el deseo de tu alma, y come toda carne, según el placer que te ha dado el Señor. Pero cuida de no comer sangre; derrámala como agua sobre la tierra" (Deut. XII, 15, 16). Adimanto considera que estas palabras de la Ley son contrarias a lo que en el Evangelio el Señor dice: "No se carguen vuestros corazones con glotonería, embriaguez y preocupaciones mundanas" (Lucas XXI, 34); y lo que dice el Apóstol: "Es bueno no comer carne ni beber vino" (Rom. XIV, 21); y de nuevo, "No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios" (I Cor. X, 21). Pero nosotros decimos que todas estas cosas, ya sean las escritas en el Antiguo o en el Nuevo Testamento, están puestas según sus causas exigentes, y mostramos que no son contrarias entre sí. Aunque él mismo en las palabras que puso del Antiguo Testamento, pudo notar que no se refieren a una voracidad desmedida lo que se dice, "Mata según el deseo de tu alma, y come toda carne"; cuando sigue, "según el placer que te ha dado el Señor". Pues el placer desmedido no te lo ha dado el Señor, sino cuanto basta para la sustentación de la naturaleza y la salud. Quien sigue una voracidad desmedida, sigue su propio vicio, no el placer que le ha dado el Señor: y por eso no es contrario lo que se dice en el Evangelio, "No se carguen vuestros corazones con glotonería, embriaguez y preocupaciones mundanas". Pues cuando alguien no llena sino el placer que le ha dado el Señor, es decir, modesto y natural, su corazón no se carga con glotonería, embriaguez y preocupaciones mundanas.

2. Sobre no comer carne y no beber vino lo que dice el Apóstol, no porque considerara que eran impuros lo mandó, como piensan estos, y precipitándose en el error persuaden a otros de tal error: sino que, habiendo él mismo puesto la causa por la cual lo dijo, no nos corresponde interpretar o exponer esta sentencia. Basta con insertar todo el pasaje de la Epístola del Apóstol en este discurso, para que aparezca claramente la causa por la cual el Apóstol lo dijo; y el fraude de aquellos que eligen ciertas partes de las Escrituras para engañar a los ignorantes, sin conectar lo que está escrito antes y después, de donde se puede entender la voluntad e intención del escritor. Así dice el Apóstol: "Recibid al débil en la fe, no para discutir opiniones. Uno cree que puede comer de todo; pero el débil come legumbres. El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come: porque Dios lo ha recibido. ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Para su propio señor está en pie o cae. Pero estará firme, porque poderoso es el Señor para sostenerlo. Uno juzga un día sobre otro, otro juzga todos los días iguales. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que observa el día, lo observa para el Señor; y el que come, come para el Señor, porque da

gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque para esto Cristo murió y resucitó, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Dios. Porque está escrito: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. Así que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios. No juzguemos más los unos a los otros; sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. Yo sé, y estoy persuadido en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es. Pero si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya no andas conforme al amor. No destruyas con tu comida a aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, vituperado vuestro bien. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres. Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la edificación mutua. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero es malo que el hombre haga tropezar a otros con lo que come. Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada en que tu hermano tropiece. Tienes fe, tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda, si come, es condenado, porque no lo hace con fe. Y todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. XIV). ¿Acaso necesita interpretación para entender por qué el Apóstol dijo esto; y cuánta malicia tienen aquellos que seleccionan ciertas cosas de las Escrituras para engañar a los ignorantes? Pues el Apóstol también dijo que todas las cosas son puras para los puros; y que son impuras para quien las considera impuras; y que deben evitarse cuando se toman con ofensa, es decir, cuando alguien débil cree que debe abstenerse de todas las carnes, para no caer en carne sacrificada; y por eso puede pensar que quien come, lo hace en honor a los ídolos, y ofenderse gravemente: cuando la misma carne sacrificada, si se toma con fe por quien no lo sabe, no mancha a nadie. Por eso, en otro lugar, el mismo apóstol prohíbe preguntar cuando se compra algo en el mercado, o cuando alguien infiel invita a alguien, y ve en su mesa carnes que estos consideran impuras, no por la inmólación, sino porque son carnes, cuando el Apóstol clama que todas las cosas son puras, y toda criatura de Dios es buena, y todas se santifican por la palabra y la oración: y sin embargo, deben evitarse si alguien débil se ofende. Y en algún lugar claramente significó a estos, cuando dice que en los últimos tiempos habrá algunos que prohibirán casarse, y se abstendrán de alimentos que Dios creó (I Tim. IV, 1-5). Estos son propiamente designados, que no se abstienen de tales alimentos para refrenar su concupiscencia o por consideración a la debilidad de otro, sino porque consideran impuras las mismas carnes, y niegan que su creador sea Dios. Pero nosotros mantenemos la disciplina apostólica que dice que todas las cosas son puras para los puros (Tit. I, 15), guardando la moderación evangélica, para que nuestros corazones no se carguen con glotonería, embriaguez y preocupaciones mundanas.

3. Pues lo mismo que el Apóstol dice, "No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios"; no veo por qué los maniqueos creen que debe oponerse a este lugar de la Ley, y como si fuera contrario. Pues la Ley no habla de inmólaciones cuando en el Deuteronomio se dice, "Mata según el deseo de tu alma, y come toda carne, según el placer que te ha dado el Señor"; sino de alimentos que pertenecen al sustento del hombre. Pero como los maniqueos dicen que incluso cuando se preparan animales para la cena del hombre, es una inmólación; según su entendimiento, pensaron que estas cosas eran contrarias. Por eso también recordaron el lugar donde el Apóstol dice, "Lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios": cuando el Apóstol hablaba claramente de las víctimas

que se ofrecen en el templo a los demonios; no de los alimentos que los hombres se preparan. Pues así dice: "¿Qué digo, entonces? ¿Que el ídolo es algo, o que lo sacrificado a los ídolos es algo? No, sino que lo que sacrifican, a los demonios y no a Dios sacrifican. No quiero que seáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿O provocamos a celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que Él? Todas las cosas son lícitas, pero no todas convienen; todas las cosas son lícitas, pero no todas edifican. Nadie busque su propio bien, sino el del otro. Todo lo que se vende en la carnicería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Porque del Señor es la tierra y su plenitud. Si algún incrédulo os invita, y queréis ir, comed de todo lo que se os ponga delante, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Pero si alguien os dice: 'Esto fue sacrificado a los ídolos', no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de conciencia: conciencia, digo, no la tuya, sino la del otro. Pues, ¿por qué ha de ser juzgada mi libertad por la conciencia de otro? Si yo con gratitud participo, ¿por qué he de ser vituperado por aquello de lo que doy gracias? Así que, ya sea que comáis, o bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (I Cor. X, 19-31). Que los maniqueos atiendan a esto, y vean cómo se dice en el Deuteronomio, "Mata según el deseo de tu alma, y come toda carne, según el placer que te ha dado el Señor". Pues lo que se mandó a los judíos sobre no comer ciertas carnes, y se llamaron impuras, tiene el propósito de significar a los hombres impuros, que están designados en las antiguas Escrituras por figuras. Así como aquel buey, al que se prohíbe atar el hocico mientras trilla, significa al evangelista, como el Apóstol lo expone claramente (Deut. XXV, 4; I Cor. IX, 7-9; y I Tim. V, 17, 18); así también lo que se prohíbe, significa ciertas inmundicias humanas, que no se reciben en la sociedad del cuerpo de Cristo, es decir, en la Iglesia estable y eterna. Pues en cuanto a los alimentos, nada es impuro en absoluto, sino que es malo para el hombre que come con ofensa, como se manifiesta claramente.

CAPÍTULO XV.

1. Sobre lo que está escrito en el Levítico: "Separad lo puro de lo impuro, y que nadie coma carne de camello, asno, liebre, cerdo, águila, milano, cuervo, buitre y otros" (Lev. XI). En ningún lugar se puede descubrir más claramente el alma llena de engaños y fraudes de este hombre, que como si fueran adversos y contrarios, ha objetado capítulos de ambos Testamentos, que en este lugar donde recordó que está escrito en el Levítico que se debe abstener de las carnes de ciertos animales. Pues a esta sentencia creyó oponer aquello del Evangelio donde el Señor dice: "Nada de lo que entra en el hombre lo contamina; sino lo que sale de él, eso lo contamina" (Mat. XV, 11). Si lo hizo imprudentemente, nada más ciego; pero si lo hizo a sabiendas, nada más criminal. ¿No había citado poco antes el testimonio del Apóstol que dice: "Es bueno, hermanos, no comer carne ni beber vino" (Rom. XIV, 21); mientras desea que el Nuevo Testamento se oponga al Antiguo, donde se dice: "Mata y come toda carne según el deseo de tu alma" (Deut. XII, 15)? ¿Cómo, entonces, ahora le agrada la sentencia del Señor, que dice que nada de lo que entra en el hombre lo contamina, sino lo que sale de él? ¿Dónde se esconderá de esta sentencia? ¿A dónde huirá, dígame, cuando con una perversa y supersticiosa imaginación de continencia ordena que se evite la impureza de las carnes y se separen de los alimentos de los santos? Ciertamente, si es verdad que no contaminan las cosas que entran en el hombre, los maniqueos están en gran error al decir que las comidas son impuras cuando los hombres comen carne. Pero si tales alimentos son impuros, ¿qué harán con este testimonio, que ha sido pronunciado con autoridad evangélica y divina, donde el Señor dice que el hombre no se contamina con lo que entra en él, sino con lo que sale de él? ¿O acaso dirán, como suelen decir cuando la autoridad de las Escrituras los apremia, que este capítulo fue insertado en el Evangelio por corruptores de las Escrituras?

¿Por qué, entonces, Adimanto usa este capítulo como testigo y trata de atacar el Antiguo Testamento, cuando él mismo es derribado por él? Pues cuando un cristiano católico, venerador e intérprete de ambas Escrituras, le responda que no son contrarias; que aquellas sobre las carnes de ciertos animales, que al pueblo aún carnal se le ordenó no comer, se pusieron como significación de las costumbres humanas, que la Iglesia, que es el cuerpo del Señor, no puede recibir en el vínculo estable y eterno de su unidad, rechazándolas como alimentos impuros y no convirtiéndolas en sus entrañas; para que todos esos preceptos impuestos al pueblo carnal profetizaran la futura disciplina del pueblo espiritual: y por eso no se oponen a la sentencia del Señor, que dice con toda verdad que el hombre no se contamina con lo que entra en él a través de la comida. Esa sentencia impone cargas a los siervos; esta ya libera del yugo de la servidumbre. Y sin embargo, aquella fue dicha de tal manera que las cargas de los siervos preanuncian la fe de los libres. Pues todo, como dice el Apóstol, "les sucedía en figura; y está escrito para nosotros, en quienes ha llegado el fin de los siglos" (I Cor. X, 11). Si, pues, lo que sufrían les sucedía en figura, lo que se les advertía lo recibían en figura.

2. Cuando, pues, haya respondido esto, y de esta manera haya mostrado que no son contrarios estos dos capítulos de cada uno de los Testamentos, ¿qué hará este, contra quien dice un testimonio gravísimo el testigo que él mismo produjo contra el adversario? Pues él mismo recordó el testimonio del Evangelio, donde el Señor dice que el hombre no se contamina con los alimentos que entran en él: y él mismo no cesa de advertir y enseñar que se debe abstener de las carnes como de alimentos impuros. Y sin embargo, sintió cuán grande herida se infligiría a sí mismo, y con qué golpe se heriría a sí mismo. Pues para que nadie le preguntara y dijera: "¿Cómo, entonces, prohiben comer carne, si el Señor dice, como tú mismo recuerdas, 'Nada de lo que entra en el hombre lo contamina; sino lo que sale de él, eso lo contamina'?", quiso aplicar una medicina sin causa en una herida mortal. Pues así puso el testimonio evangélico. En el Evangelio, dice, el Señor dice a la multitud: "Oíd y entended: Nada de lo que entra en el hombre lo contamina", y lo demás. Lo que, pues, recordó que el Señor dijo esto a la multitud, no muestra otra cosa sino que no lo hizo por ignorancia, sino por malicia: para que después dijera a sus Auditores que el Señor habló esto a la multitud, no a unos pocos santos, como ellos mismos quieren parecer; para que, como permiten a sus Auditores, aún impuros, comer carne, pero a sí mismos, ya puros, lo consideran criminal y nefario, también parezca que el Señor sintió esto, que no enseñó esto a unos pocos santos, sino a las multitudes. ¡Oh hombre perverso, seguro de la negligencia del género humano para ocultar sus engaños! Pues no creía que alguien existiera que tomara el Evangelio, lo leyera con conocimiento, y encontrara al hombre escondiendo trampas para los incautos y menos previsores en los mismos prados donde el Señor apacienta sus rebaños. Pues los discípulos, conmovidos por estas palabras, y no creyendo que el Señor había hablado propiamente, sino más bien figuradamente, cuando dijo que el hombre no se contamina con lo que entra en él a través de los alimentos, ya que también los discípulos eran judíos, quienes desde la infancia habían sido instruidos para evitar los alimentos de ciertas carnes, acercándose a él le dijeron: "¿Sabes que los fariseos, al oír esta palabra, se escandalizaron?" Pero él, respondiendo, dijo: "Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada. Dejadlos; son ciegos, y guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo". Así que, aunque llamaba a la infidelidad de los judíos una plantación que no plantó el Padre celestial, sin embargo, aún Pedro, pensando que era una parábola, y por eso los judíos fueron reprendidos y llamados ciegos, porque no pudieron entenderla, respondiendo le dijo: "Explícanos esta parábola". Y él, mostrando clarísimamente que no era una parábola, sino una locución propia, les dijo: "¿Aún también vosotros estáis sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre y se echa en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale, y eso

contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias; estas cosas son las que contaminan al hombre. Pero comer con manos no lavadas no contamina al hombre" (Mat. XV, 10-20). Pero sobre las manos no lavadas los judíos habían planteado la cuestión, por cuya ocasión el Señor dijo la sentencia general sobre lo que entra en la boca, va al vientre y se echa en la letrina, es decir, sobre nuestros alimentos. Aunque, pues, está escrito que dijo esto a las multitudes convocadas a él, "No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca", sin embargo, el temor con el que añadió esto a sus palabras, al recordar tal testimonio, es bastante evidente, como se dijo poco antes, para que tuviera algo que responder a quienes le plantearan la cuestión de por qué los principales de los maniqueos consideran un crimen comer carne: a saber, para que lo que el Señor dijo pareciera que lo concedió solo a las multitudes, no a los Elegidos. Pero como por las consecuencias se ha declarado que también a Pedro, preguntando aparte, y a los discípulos oyentes, a quienes ciertamente elevaba al culmen de la Iglesia, así respondió el Señor, de modo que no testificó que lo había dicho por parábola, y mostró que se refería a todos; no tienen estos de dónde quitar los alimentos de las bocas de los hombres, y atarlas con el lazo de la superstición.

3. Quizás alguno de ellos diga: "Explícame, entonces, qué significa la carne de cerdo, camello, liebre, milano, cuervo y los demás, de los cuales se ordena abstenerse en la Ley". No quiero, porque es largo. Pero hazme no poder; ¿acaso por eso nadie puede? Y ya hay innumerables volúmenes en los que estas cosas están expuestas. Sin embargo, para refutar a estos, nos basta con que esas observancias sean sombra de lo futuro, no lo digo yo, sino el Apóstol, cuando también prohíbe observarlas servilmente, pero declara que significan algo, diciendo: "Nadie, pues, os juzgue en comida o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de luna nueva, o de sábados, que son sombra de lo futuro" (Col. II, 16, 17). Así que aquellas cosas futuras que esas observancias significaban, después de que vinieron por el Señor Jesucristo, las observancias serviles fueron abolidas: pero sus interpretaciones son retenidas por los libres. Pues todo lo que significó la futura Iglesia es profecía. Pero tienes al mismo apóstol diciendo: "No despreciéis el Espíritu, no apaguéis la profecía; leed todo, retened lo bueno" (I Tes. V, 19-21). Por tanto, debe leerse la Escritura divina, y conocerse la dispensación del Espíritu Santo, y contemplarse la profecía; y debe rechazarse la servidumbre carnal, y retenerse la inteligencia libre.

CAPÍTULO XVI.

1. Sobre lo que está escrito en el Deuteronomio: "Observa y santifica el día que te mandó el Señor. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; pero el séptimo día será sábado para el Señor tu Dios, no harás obra alguna tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni todos tus animales, ni tu colono. Así descansará tu siervo y tu sierva, como tú. Recuerda que fuiste siervo en Egipto, y el Señor tu Dios te sacó de allí con mano poderosa y brazo extendido. Por eso te mandó el Señor guardar el séptimo día" (Deut. V, 12-15). Y de nuevo en el Génesis está escrito cómo habla a Abraham sobre la circuncisión: "Guarda mi pacto, tú y tu descendencia después de ti. Este es mi pacto que guardarás entre mí y tú y tu descendencia: circuncidarás todo varón en la carne de su prepucio; y será esto señal del pacto entre mí y vosotros. Al octavo día circuncidaréis a todos los varones en vuestra nación, incluso al esclavo y al comprado, además del extranjero: y esto será pacto en vuestra nación. Y todo varón que no circuncide su prepucio, será cortado de su pueblo, porque ha quebrantado mi pacto" (Gen. XVII, 9-14). Todas estas palabras del Antiguo Testamento las propone Adimanto para oponerse a ellas con el Nuevo Testamento, y afirma que son contrarias a lo que el Señor dice en el Evangelio sobre el prosélito: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito; y cuando lo hacéis, lo

hacéis hijo del infierno, mucho más que vosotros!" (Mat. XXIII, 15). Como si el Señor dijera que el prosélito es hijo del infierno porque se circuncida y observa el sábado; y no más bien porque se ve obligado a imitar la mala conducta de los judíos, no en cuanto observan los preceptos de la Ley, sino en cuanto actúan contra la Ley. Lo que en otro lugar dice de ellos muy claramente, donde dice que rechazan el mandamiento de Dios para confirmar su propia constitución (Mat. XV, 3-6): porque cuando la Ley ordenó honrar al padre y a la madre, ellos instituyeron cómo deshonorar a los padres. Y también cuando les dice: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que tenéis la llave del reino de los cielos, y ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a otros!" (Luc. XI, 52). O cuando en otro lugar ordena a los oyentes que obedezcan las palabras de los fariseos y escribas, pero no imiten sus obras. Dice: "En la cátedra de Moisés se sientan: lo que dicen, hacedlo; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen y no hacen" (Mat. XXIII, 2 y 3). En este lugar, el Señor confirma la autoridad de la Ley dada por Moisés, y sin embargo, muestra clarísimamente que deben evitarse y huirse las costumbres de aquellos que no obedecen la Ley que recibieron. Pero con sus perversidades hacían que cuando algún gentil se convertía a su Ley, es decir, se hacía prosélito, adoptara sus costumbres y se convirtiera en hijo del infierno, mucho más que ellos. Pues se esforzaban mucho para que alguien de los gentiles se hiciera judío, y al hacerse judío lo obligaban a imitar sus pésimas costumbres.

2. Ni siquiera pudo Adimanto, el maniqueo, advertir que lo que recuerda del Apóstol como contrario, no es en absoluto contrario; porque todo su enfoque no estaba en la investigación, sino en la crítica de la Escritura. Pues recuerda al Apóstol diciendo: "¿Fue llamado alguien circuncidado? No se haga incircunciso. ¿Fue llamado alguien en la incircuncisión? No se circuncide: porque la incircuncisión nada es, y la circuncisión nada es, sino la observancia de los mandamientos de Dios" (I Cor. VII, 18 y 19). ¿Qué más claro que esto, que el Apóstol ordena que cada uno permanezca como fue llamado? Pues con la llegada de las cosas, de las cuales esas observancias eran sombras, se logró que se mostrara que no se debía poner la esperanza en esas sombras, sino en las mismas cosas que esas sombras significaban que vendrían, es decir, Cristo y la Iglesia. Y por eso ya todas esas cosas eran vanas: pero el Apóstol no ordena que se quiten como nocivas, sino que se desprecien como superfluas; para que si algún judío había creído en Cristo, no se le prohibiera permanecer en esas cosas superfluas por la ofensa de los suyos, pero no pensara que su salvación estaba constituida en ellas: pues no son esos signos, sino lo que ellos significan lo que introduce a la salvación. Por eso "la incircuncisión nada es, y la circuncisión nada es, sino la observancia de los mandamientos de Dios". Y lo que en otro lugar dice: "¡Ojalá se mutilaran los que os perturban!" (Gál. V, 12); no porque la circuncisión sea contraria al Evangelio, como piensan los maniqueos: sino que es contrario al Evangelio que alguien, abandonando la realidad que esa sombra figuraba, siga la vanidad de la misma sombra. Lo que querían quienes imponían el yugo de la circuncisión a los gentiles que creían en Cristo como necesario para la salvación, cuando ya no era la sombra la que debía ser figurada en el cuerpo, sino la realidad misma la que debía ser llevada en el corazón.

3. Y lo que dice: "Observáis días, y meses, y tiempos; temo por vosotros, que haya trabajado en vano entre vosotros" (Gál. IV, 10 y 11); no está escrito así como lo pone Adimanto. Pues el Apóstol no nombra allí el sábado. Dice: "Observáis días y años, y tiempos; temo por vosotros, que haya trabajado en vano entre vosotros". Pero, ¿piensa que se dice sobre el sábado? ¿Acaso no decimos nosotros que estas cosas no deben observarse, sino más bien aquellas que significan? Pues ellos las observaban servilmente, sin entender a qué cosas significativas y proféticas pertenecían. Esto es lo que el Apóstol critica en ellos, y en todos los que sirven a la criatura más que al Creador (Rom. I, 25). Pues nosotros también

celebramos solemnemente el día del Señor y la Pascua, y cualquier otra festividad cristiana de días. Pero porque entendemos a qué pertenecen, no observamos los tiempos, sino lo que esos tiempos significan. Sin embargo, los maniqueos los critican como si no observaran ningún día y tiempo. Pero cuando se les pregunta sobre estos según la opinión de su secta, intentan explicar todo para que no parezca que observan los tiempos, sino las cosas de las que esos tiempos son signos. Aunque esas cosas son fabulosas y falsísimas, se demuestra en otros lugares. Ahora se ha dicho esto para que se vean obligados a admitir con su propia boca que tales cosas pueden celebrarse razonablemente: y por eso la circuncisión de la carne, tanto impuesta correctamente a los siervos, como entendida correctamente por los libres, es manifiesta. Por tanto, repudiamos la circuncisión carnal con el Apóstol, y aprobamos la espiritual con el Apóstol: y no observamos el descanso del sábado en el tiempo; pero entendemos el signo temporal, y dirigimos la mirada de la mente hacia el descanso eterno que se significa con ese signo. Por tanto, repudiamos la observancia de los tiempos con el Apóstol, y retenemos la inteligencia de los signos temporales con el Apóstol: y probamos la diferencia de los dos Testamentos, de modo que en aquel están las cargas de los siervos, en este la gloria de los libres; en aquel se conoce la prefiguración de nuestra posesión, en este se tiene la misma posesión. El Apóstol interpreta el sábado a los Hebreos, cuando dice: "Queda, por tanto, un descanso sabático para el pueblo de Dios" (Hebr. IV, 9). También interpreta la circuncisión, cuando dice de Abraham: "Y recibió la señal de la circuncisión como sello de la justicia de la fe" (Rom. IV, 11). Por tanto, retengo la interpretación espiritual apostólica: desprecio la observancia carnal de la servidumbre con libertad, venerando al Dios autor de ambos Testamentos, que al hombre viejo que huía le impuso como señor lo que temiera, y al nuevo que regresaba le abrió como padre lo que amara.

CAPÍTULO XVII.

1. Sobre lo que está escrito en Éxodo: Si escuchas atentamente mi voz y haces todo lo que te mando, odiaré a tus enemigos y afligiré a quienes te afligen: mi ángel irá delante de ti y te llevará a los amorreos, los ferezeos, los cananeos, los jebuseos y los gergeseos; y los destruirás. No adorarás a sus dioses, ni harás sus obras; sino que los destruirás por completo y borrarás su memoria (Éxodo XXIII, 22-24). Con estas palabras de los antiguos libros así recordadas, Adimanto opone como contrario lo que está escrito en el Evangelio, donde el Señor dice: Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os persiguen (Mateo V, 44). En este lugar, primero debe considerarse que habría sido suficiente para alguien que quisiera mostrar supuestas contradicciones, recordar que en la antigua Ley está escrito sobre matar a los enemigos. Pues el Señor, al mandar amar a los enemigos, ciertamente se refiere a los hombres; quienes, a través de nuestra paciencia y caridad, pueden ser convertidos a la salvación, como cualquiera entiende y ha sido demostrado con frecuencia por ejemplos. ¿Qué significa, entonces, que pensó que debía añadir lo que sigue, donde está escrito: No adorarás a sus dioses, ni harás sus obras; sino que los destruirás por completo y borrarás su memoria; a menos que los maniqueos también obliguen a amar a los dioses de los gentiles? Y lo que el Señor dice en el Evangelio, Amad a vuestros enemigos, piensan que no solo se refiere a los hombres, sino también a los demonios o incluso a las imágenes. Si esto es así, ¿quién no detestaría tal locura? Pero si no piensan esto, él ha cometido un gran error al querer recordar que las supersticiones de los gentiles deben ser destruidas según el Antiguo Testamento, cuando en el Nuevo lo que está escrito sobre amar a los enemigos, quería oponerlo como contrario.

2. Nosotros, sin embargo, no decimos que lo que se dijo al pueblo en los antiguos libros sobre matar a los enemigos humanos sea contrario a este mandamiento evangélico, donde el Señor nos ordena amar a nuestros enemigos: ya que esa matanza de enemigos era adecuada para un pueblo aún carnal, al que la Ley fue dada como pedagogo, como dice el Apóstol (Gálatas III, 24). Pero aquellos que entonces eran santos y espirituales en ese pueblo eran muy pocos, como Moisés, como los profetas, y es muy difícil para los ignorantes e impíos, que aman su ceguera, entender con qué ánimo llevaban a cabo esa matanza de enemigos, y si amaban a aquellos a quienes mataban. Porque no son capaces de ver estas cosas, deben ser más bien presionados por la autoridad. ¿Qué significa lo que dice el Apóstol: Yo, ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya he juzgado como presente al que ha hecho tal cosa, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder del Señor Jesús, entregar a tal persona a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús (1 Corintios V, 3-5)? ¿Qué tiene esa matanza, que tanto exageran y ventilan con envidia, sino la destrucción de la carne? Pero porque el Apóstol explicó con qué ánimo lo hacía, dejó claro que la venganza puede proceder con caridad. Y sin embargo, aquí también, tal vez, la destrucción de la carne, que se produce por el arrepentimiento, puede entenderse de otra manera. Ellos mismos leen las escrituras apócrifas, que incluso dicen que son incorruptas, donde está escrito que el apóstol Tomás maldijo a un hombre que, por imprudencia, lo golpeó con una palma, sin saber quién era, y esa maldición se cumplió de inmediato. Pues cuando ese hombre, que era servidor en un banquete, salió a buscar agua a la fuente, fue asesinado y destrozado por un león. Para que esto se manifestara para el terror de los demás, un perro llevó su mano a la mesa donde el Apóstol estaba comiendo: y así, cuando los que no sabían buscaban la causa, y se les explicó, se convirtieron en gran temor y gran honor hacia el Apóstol; y de ahí surgió el comienzo de la recomendación del Evangelio. Si alguien quisiera volver los dientes de los maniqueos contra ellos mismos, ¿cómo reprendería mordazmente estas cosas! Pero porque tampoco allí se oculta con qué ánimo se hizo, parece haber amor en la venganza. Pues así se lee en esa escritura, que el Apóstol oró por aquel en quien se había vengado temporalmente, para que se le perdonara en el juicio futuro. Si, por lo tanto, en el tiempo del Nuevo Testamento, donde principalmente se recomienda la caridad, se infundió el temor carnal a través de castigos visibles; cuánto más se debe entender que esto fue adecuado para el pueblo del Antiguo Testamento, que era restringido por el temor de la Ley como un pedagogo. Pues esta es la diferencia más breve y clara entre los dos Testamentos, el temor y el amor: aquel pertenece al hombre viejo, este al nuevo; pero ambos fueron promulgados y unidos por la misericordiosísima dispensación de un solo Dios. Y en la antigua Escritura se oculta el ánimo de los vengadores, porque muy pocos espirituales sabían por revelaciones divinas lo que debían hacer, para que el pueblo al que el terror era útil, fuera dominado por un imperio severísimo: para que, así como veían que se les entregaban en sus manos enemigos impíos y adoradores de ídolos para ser destruidos, así temieran ser entregados en manos de sus enemigos, si despreciaban los mandatos del verdadero Dios y caían en el culto de ídolos y las impiedades de los gentiles. Pues también en ellos, cuando pecaban de manera similar, se vengaba de manera no diferente. Pero toda esta venganza temporal aterroriza a las almas débiles, para que, nutridas bajo disciplina, sean instruidas y puedan ser apartadas de los castigos eternos e inefables: porque los hombres carnales temen más lo que Dios castiga en el presente, que lo que amenaza para el futuro.

3. Por lo tanto, puede haber amor en el vengador. Lo cual cada uno prueba en su propio hijo, cuando lo corrige con la coerción más severa al verlo caer en malos hábitos, y tanto más cuanto más lo ama, y cree que de esta manera puede ser corregido. Sin embargo, los hombres no matan a los hijos que aman cuando quieren corregirlos: porque muchos consideran esta vida como un gran bien, y todo lo que quieren al educar a sus hijos, lo esperan en esta vida.

Pero los hombres fieles y sabios, que creen que hay otra vida mejor, y en la medida de lo posible la conocen; tampoco ellos vengan matando cuando quieren corregir a sus hijos, porque creen que pueden ser corregidos en esta vida: pero Dios, que sabe qué dar a cada uno, se venga matando a quienes quiere, ya sea a través de hombres o por el orden oculto de las cosas; no porque los odie en cuanto son hombres, sino en cuanto son pecadores. Pues en los mismos libros antiguos leemos que se dijo a Dios: Y nada odias de lo que has hecho (Sabiduría XI, 25): sino que todo, ya sea a través de penas o recompensas, lo dispone moderando con justicia. ¿No hablaba el apóstol Pablo a los cristianos fieles cuando decía: Examínese cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y muchos duermen. Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados. Pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo (1 Corintios XI, 28-32)? He aquí, es manifiesto que Dios corrige con amor, no solo con enfermedades y debilidades, sino también con muertes temporales, a aquellos que no quiere condenar con el mundo.

4. Que estos consideren estas cosas, y vean cómo las naciones impías pudieron ser entregadas en manos de un pueblo, aunque aún carnal, pero que adoraba a un solo Dios, para ser destruidas por él; cuando en ese pueblo, si había algunos espirituales, entenderían sin odio la dispensación de Dios: y cómo no es contrario lo que el Señor nos mandó en el Evangelio, que amemos a nuestros enemigos: de los cuales él mismo promete venganza, cuando introduce la similitud de aquel juez que, aunque era injusto, ni temía a Dios ni respetaba a los hombres, no pudo soportar las continuas súplicas de una viuda que pedía ser vengada, y la escuchó para no sufrir más molestias: de cuya comparación dijo que mucho más Dios, que es benignísimo y justísimo, vengará a sus elegidos de sus enemigos (Lucas XVIII, 2-8). Que se atrevan a objetar esta cuestión, y digan, si pueden: ¿Qué es lo que mandaste que amáramos a nuestros enemigos, y dispones vengarnos de ellos? ¿Acaso hará esto contra la voluntad de sus santos, castigando y condenando a aquellos a quienes ellos aman? Más bien, que se conviertan de esta calumniosa ceguera a Dios, y entiendan su voluntad en ambos Testamentos, para que no se encuentren en la parte izquierda entre aquellos a quienes el Señor dirá: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer (Mateo XXV, 41, 42); y otras cosas semejantes. Pues a estos miserables les desagrada que Dios entregara a sus enemigos para ser destruidos por su pueblo; y ellos mismos prohíben dar pan al mendigo, no al enemigo, sino al suplicante. Que entiendan más bien que puede haber venganza sin odio, lo cual pocos entienden: y sin embargo, mientras no se entienda, es necesario que el lector en los libros de ambos Testamentos sea llevado por gran trabajo o error, y piense que las Escrituras son contrarias entre sí.

5. Tal venganza sin odio aún no la habían comprendido los Apóstoles, cuando, enojados con aquellos que no los recibían como huéspedes, preguntaron al Señor si quería que pidieran fuego del cielo, como había hecho Elías, para que consumiera a los hombres inhóspitos. Entonces el Señor les respondió, diciéndoles que no sabían de qué espíritu eran hijos, y que él había venido a salvar, no a destruir (Lucas IX, 53-56): porque ellos, con ánimo enemigo, deseaban destruir a aquellos que querían que fueran consumidos por el fuego. Pero después, cuando fueron llenos del Espíritu Santo, y se hicieron perfectos, quienes ya podían incluso amar a los enemigos, recibieron el poder de vengar, porque ya podían vengar sin odio. Con este poder, el apóstol Pedro actuó en ese libro que ellos no aceptan, porque contiene manifiestamente la venida del Paráclito, es decir, del consolador Espíritu Santo, que fue enviado a los que lloraban cuando él mismo ascendió al cielo ante sus ojos. Pues el consolador es enviado a los tristes, según aquella sentencia del mismo Señor.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V, 5). Él también dice: Entonces llorarán los hijos del esposo, cuando el esposo les sea quitado (Mateo IX, 15). En ese libro, donde se declara abiertamente que el Espíritu Santo, que el Señor prometió como consolador, ha venido (Hechos II, 4), leemos que a la sentencia de Pedro cayeron hombres y murieron un hombre y una mujer que se atrevieron a mentir al Espíritu Santo (Hechos V, 1-10). Lo cual ellos critican con gran ceguera, mientras que en los apócrifos leen como algo grandioso, tanto lo que mencioné sobre el apóstol Tomás, como que la hija de Pedro fue hecha paralítica por las oraciones de su padre, y que la hija del jardinero murió a la oración del mismo Pedro; y responden que esto les convenía, para que aquella fuera liberada de la parálisis y aquella muriera: sin embargo, no niegan que fue hecho a las oraciones del Apóstol. Pero, ¿quién les dijo que no convenía que las naciones impías fueran destruidas, que se fingían asombrados de que fueran entregadas divinamente en manos del pueblo judío? Pero si los Apóstoles hicieron aquello sin odio, sino con buen ánimo; ¿cómo convencen a los ánimos de los hombres espirituales que estuvieron en ese pueblo, de que odiaban a aquellos que por ellos la justicia divina ordenaba ser quitados de esta vida? Que refrenen más bien su temeridad, y no engañen a los inexpertos, a quienes o no les es posible leer, o no quieren leer, o leen con ánimo perverso; y no atienden a que tanto la misericordia como la severidad de Dios son recomendadas en las letras de ambos Testamentos. Pues sobre el amor al enemigo, para que no se devuelva mal por mal, se lee en los antiguos libros: Señor mi Dios, si he hecho esto, si hay iniquidad en mis manos. Si he devuelto mal a los que me retribuyen mal, caiga merecidamente vacío ante mis enemigos (Salmo VII, 4 y 5). ¿Quién diría esto, sino quien sabía que esto agrada a Dios, que nadie devuelva mal por mal? Pero esto es de los perfectos, que no odian en los pecadores sino los pecados, sino que aman a los mismos hombres; y cuando se vengan, no lo hacen con la amargura de la crueldad, sino con la moderación de la justicia; para que la misma relajación del pecado no dañe más al pecador que la pena de la venganza. Sin embargo, los hombres justos no hicieron esto; sino por autoridad divina: para que nadie piense que le está permitido matar a quien quiera, o perseguir con juicio, o afligir con cualquier castigo. A veces, sin embargo, se pone abiertamente en las Escrituras la misma autoridad divina, a veces se oculta, para que el lector sea instruido con lo manifiesto y ejercitado con lo oscuro.

6. Ciertamente, David recibió a su enemigo y perseguidor Saúl, un rey muy ingrato y muy hostil, en su poder, para hacerle lo que quisiera; y eligió perdonarlo en lugar de matarlo. Pues no se le mandó matar, pero tampoco se le prohibió: más bien, incluso había oído divinamente que podía hacer impunemente lo que quisiera a su enemigo; y sin embargo, usó tal poder para la mansedumbre (1 Samuel XXIV, 3-8, y XXVI, 8-12). Díganme a quién temió cuando no quiso matar. No podemos decir que temió al hombre, a quien tenía en su poder; ni a Dios, quien se lo había dado. Donde, entonces, no hubo dificultad para matar, ni temor, el amor benefició al enemigo. He aquí, David, aquel guerrero, cumplió el mandamiento de Cristo, que recibimos, de amar a los enemigos. ¡Ojalá imitaran esto aquellos que han torcido el afecto humano de misericordia hacia no sé qué delirios crueles! Pues al creer que el pan llora, lo cual no puede ser, no lo ofrecen al hombre, a quien ven llorar. Tal vez digan, como suelen los ciegos lanzar insanos reproches, que David fue mejor al perdonar al enemigo, que Dios al darle el poder de matar: como si Dios no supiera a quién le dio este poder. Conocía ciertamente la voluntad de su siervo, pero para que también los demás hombres tuvieran algo que amar, y la maldad del rey Saúl se dilatara a un final más digno, para que los hombres tuvieran algo que temer. Así, la bondad de David fue recomendada, para que los hombres tuvieran algo que amar; y la maldad del rey Saúl fue dilatada a un final más digno, para que los hombres tuvieran algo que temer.

CAPÍTULO XVIII.

1. Sobre lo que está escrito en Deuteronomio: Si escuchas atentamente la voz del Señor tu Dios, serás bendito en tu campo, bendito en tu prado, bendito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, y las generaciones de tus ganados, y el rebaño de tus vacas, y el rebaño de tus ovejas; bendito serás en tu entrada y salida (Deuteronomio XXVIII, 1-6). A este capítulo dicen que es contrario lo que está en el Evangelio: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? (Mateo XVI, 24 y 26). Pero por aquella regla se muestra que no es contrario, ya que debe ser conocido que al pueblo aún carnal se le prometieron congruentemente premios carnales y temporales, pero sin embargo del único Dios, cuya es toda criatura, tanto superior como inferior. Ciertamente, el mismo Adimanto puso un testimonio del Evangelio, donde el Señor dice: No juréis, ni por el cielo, porque es su trono; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies (Mateo V, 35). Lo cual también está escrito en los antiguos libros: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies (Isaías LXVI, 1). ¿Qué maravilla, entonces, si da los bienes de su trono espiritualmente a los que le sirven, y los bienes del escabel de sus pies carnalmente a los que le sirven; cuando el espíritu es superior, y la carne inferior, como las cosas celestiales son superiores, y las terrenales inferiores? Aunque todas esas cosas, es decir, el campo, el prado, el fruto del vientre, y el fruto de la tierra, y los ganados, y el rebaño de vacas, y el rebaño de ovejas, también pueden entenderse espiritualmente. Pero ahora no corresponde tratar esto. Si, sin embargo, en el mismo Nuevo Testamento, cuya recompensa y herencia pertenece al hombre nuevo, sin embargo, el Señor promete a los mismos que quiere que sean despreciadores de las cosas temporales, para que le sirvan en el Evangelio, la multiplicación de esas mismas cosas en este siglo, diciendo que recibirán en este siglo cien veces tanto, y en el siglo venidero la vida eterna (Mateo XIX, 29): como también en la antigua Escritura se dice, Para el hombre fiel todo el mundo es de riquezas (Proverbios XVII, según los LXX). De donde el Apóstol exulta diciendo, Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo (2 Corintios VI, 10): si, por lo tanto, en el Nuevo Testamento, además de la posesión eterna que se promete a los santos, tampoco se sustrae la multiplicación de esta posesión que pasará, y se hace tanto más abundante cuanto más despreciada se posee; cuánto más en el Antiguo Testamento debieron ser tales los premios del pueblo carnal, sin embargo, con el único y verdadero Dios como gobernador de todos los tiempos, moderando y administrando todo según el tiempo.

2. Pero para que no piensen que estas cosas son despreciadas solo en los libros del Nuevo Testamento, escuchen al profeta que rechaza tal felicidad y canta que se debe recurrir únicamente al Señor Dios. Pues dice así: Librame de la espada maligna, y sálvame de la mano de los hijos extraños, cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. Sus hijos son como plantas nuevas establecidas en su juventud. Sus hijas están adornadas y compuestas como la semejanza de un templo. Sus graneros están llenos, rebosando de uno a otro. Sus ovejas son fecundas, multiplicándose en sus salidas; sus bueyes son gordos. No hay ruina de cerca, ni salida, ni clamor en sus calles. Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas; bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Salmo 143, 11-15). Presten atención, pues, a cómo se ridiculiza esta felicidad en los impíos, y toda la bienaventuranza se fija inquebrantablemente solo en Dios. Ellos dicen bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas; pero bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Pero lo que también consideraron contrario a este lugar del Antiguo Testamento, lo que el Señor dice: Todo el que se avergüence de mí o de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su

Padre y con la alabanza de los santos (Marcos 8, 38); no veo que esto se refiera al desprecio de las cosas temporales. Pero si se refiere a esto, para que nadie, aterrorizado por la pérdida de tales cosas, se avergüence o tema confesar a Cristo, ¿qué tienen que decir? Decimos que estos son dones de Dios, pero que son inferiores, y en comparación con la confesión salvadora, no solo deben ser perdidos, sino incluso arrojados voluntariamente: sin embargo, a los que aman estas cosas carnales y aún no comprenden las promesas celestiales, les es útil que el Señor Dios las haya prometido, para que no las pidan a ídolos y demonios.

CAPÍTULO XIX.

1. Sobre lo que está escrito en la Ley: Yo soy quien da riquezas a mis amigos, y pobreza a mis enemigos. A esta sentencia oponen lo que el Señor dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 3); y, Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo (Lucas 6, 24). Pero, ¿por qué no quieren considerar también otras cosas en el Evangelio? Pues donde está escrito, Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; allí sigue, Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. He aquí que los amigos de Dios se hacen ricos con la herencia de la tierra. Pero cuando aquel rico es reducido a tal pobreza, que suplica al pobre que había despreciado que le humedezca la lengua seca con el dedo mojado en agua (Lucas 16, 24), entiendan cómo se hacen pobres los enemigos de Dios, y reconozcan que esto es lo que está escrito en la Ley: Yo soy quien da riquezas a mis amigos, y pobreza a mis enemigos.

2. Pues estas riquezas temporales también en la antigua Escritura son despreciadas, y lo he demostrado antes, y quien quiera leer encontrará en innumerables lugares. De donde también es aquello: Mejor es lo poco del justo, que las muchas riquezas de los pecadores (Salmo 36, 16). Y aquello: Mejor es para mí la ley de tu boca, que miles de oro y plata (Salmo 118, 72). Y aquello: Los juicios de Dios son verdaderos, justificados en sí mismos, deseables más que el oro y muchas piedras preciosas (Salmo 18, 10). Y aquello: Bienaventurado el hombre que encuentra sabiduría, y el inmortal que ve prudencia. Pues es mejor adquirirla que los tesoros de oro y plata. Es más preciosa que las piedras preciosas, ningún mal puede resistirla; es bien conocida por todos los que se acercan a ella, y por aquellos que la consideran diligentemente. Todo lo precioso no es digno de ella (Proverbios 3, 13-15). Y aquello: Por esto deseé, y se me dio entendimiento, e invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría. Y la preferí a los reinos y a los tronos, y consideré que la honestidad no era nada en comparación con ella. Ni comparé con ella la piedra preciosa: porque todo el oro en comparación con ella es arena pequeña, y la plata será estimada como lodo ante ella (Sabiduría 7, 7-9). Si estos leyeran o no leyeran impíamente, verían que todo en las escrituras de ambos Testamentos, tanto para desear como para evitar, y para tomar y rechazar, está en concordancia y ordenado en sus grados.

CAPÍTULO XX.

1. Sobre lo que está escrito en la Ley: Si camináis en mi ley, y guardáis mis preceptos; os daré lluvias a su tiempo, y la tierra producirá sus frutos, y los árboles darán su fruto, y vuestras vendimias seguirán a las cosechas, y la siembra a las vendimias: y os saciaréis, y os sentaréis en paz en vuestra tierra, y dormiréis, y no habrá quien os atemorice: y destruiré toda bestia de vuestra tierra; y perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán ante vosotros a espada: y cinco de vosotros perseguirán a cien, y cien de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán ante vosotros a espada: y vendré, y os bendeciré, y os multiplicaré, y os dispondré. Comeréis lo viejo que se ha envejecido, y desecharéis lo viejo ante lo nuevo (Levítico 26, 3-10). Ya nadie debe pedirnos que mostremos cuán congruentemente Dios prometió esto a aquel pueblo. Pues hemos dicho mucho sobre este asunto, y quien lo

considere poco, es demasiado lento. Pero sin embargo, lo que dicen que es contrario a este lugar del Nuevo Testamento: a saber, lo que el Señor dijo: No llevéis oro, ni plata, ni monedas en vuestros cinturones; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero es digno de su salario (Mateo 10, 9-10): ¿qué maravilla si esto se lo concedió a los evangelistas? ¿Acaso para este ministerio fue llamado el pueblo judío? Sin embargo, todas estas cosas deben ser examinadas espiritualmente, para que el mismo Señor no parezca haber actuado contra sus preceptos ante los impíos, quien también tenía bolsas en las que se llevaba dinero para el sustento necesario (Juan 12, 6). A menos que tal vez digan que tener dinero en los cinturones es pecado; pero en las bolsas, no es pecado. Sin embargo, se entiende que estas cosas fueron permitidas a los apóstoles, porque el apóstol Pablo, trabajando con sus manos, buscaba su sustento, no abusando de esa potestad, como él mismo dice, que el Señor dio a los evangelistas (Hechos 18, 3; 1 Corintios 4, 12; 1 Tesalonicenses 2, 9, y 2 Tesalonicenses 1, 8-9). Pues lo que es permitido por el Señor, también se puede no hacer: pero lo que es mandado, si no se hace, es pecado.

2. También añaden sobre aquel rico, a quien Dios le dijo: Necio, esta noche te pedirán tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Lucas 12, 20); y dicen que no es menos contrario a este capítulo de la Ley: cuando en este se ridiculiza la vanidad de la alegría vana, que tuvo por ciertas aquellas cosas inciertas; pero al pueblo de Israel le hacía cierta aquella promesa la omnipotencia del que prometía. De donde el apóstol Pablo, escribiendo a Timoteo, sobre los ricos de este siglo, que sabía que tenían su lugar en los miembros de la Iglesia, habla así: A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos: que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la vida verdadera (1 Timoteo 6, 17-19). ¿Quién aquí no entiende que no es culpable tener estas cosas, sino amarlas y poner la esperanza en ellas, y preferirlas o incluso compararlas con la verdad, la justicia, la sabiduría, la fe, la buena conciencia, el amor de Dios y del prójimo, con las cuales el alma piadosa es rica en sus secretos ante los ojos de Dios? Pero para que se ame a Dios, quien a los que le aman les concede todas estas cosas invisibles y eternas, es decir, se da a sí mismo lleno de todas estas cosas a sus amantes: para que, pues, él sea amado, incluso en aquel tiempo en que el alma carnal, implicada en los afectos de la carne, no sabe desear sino cosas temporales, se le debe persuadir de que incluso estas cosas las da Dios al hombre; porque es verdad, y se cree muy útilmente. Esto se hizo al pueblo de Israel mediante aquellas promesas, que los miserables ridiculizan tan ignorantemente, para que incluso en las cosas más bajas, como podían, se acostumbraran a amar a Dios, aunque allí más operara el temor. Sin embargo, todos estos dones temporales son figuras de los dones eternos, y aquella victoria sobre los enemigos prefigura la victoria sobre el diablo y sus ángeles.

3. Y lo que estos añadieron como contrario al Antiguo Testamento, lo que el Apóstol dice, que Dios no se deleita en la contienda y la disensión, sino en la paz (1 Corintios 14, 33): sepan que tal Dios es predicado en aquellas Escrituras, a quien nadie puede quitarle su paz; no como ellos predicán, que temiendo que la guerra irrumpiera en sus regiones, envió lejos a sus miembros, para que soportaran guerras extranjeras, y después no pudieran ser liberados y purificados, vencidos y contaminados. En la naturaleza humana, que por el pecado descendió a lo inferior, Dios se deleita en la paz, de modo que no abandona los equilibrios de la justicia, ni quiere que la paz que ama sea pisoteada por los pecadores, sino amada por los que luchan, alcanzada por los vencedores, y prometida figuradamente a los carnales, mostrada abiertamente a los espirituales.

CAPÍTULO XXI.

Sobre lo que está escrito en el Deuteronomio: Maldito todo el que cuelga de un madero (Deuteronomio 21, 23). Aunque esta cuestión ha sido debatida a menudo por los maniqueos, no veo, sin embargo, qué tiene de contrario a esta sentencia lo que Adimanto pensó que debía oponerse del Evangelio, donde el Señor dice: Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y toma tu cruz, y sígueme (Mateo 19, 21, y 16, 24). Aquí, además de que se menciona la cruz, no ve nada contrario a lo que se dijo: Maldito todo el que cuelga de un madero: como si alguien pudiera tomar tal cruz y seguir al Señor. Pero se toma aquella cruz cuando seguimos al Señor, de la que dice el Apóstol: Pero los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos (Gálatas 5, 24). Pues con tal cruz se destruye el hombre viejo, es decir, la vida vieja que heredamos de Adán, para que lo que en él fue voluntario, en nosotros se haga natural. Lo que muestra el Apóstol diciendo: Fuimos también nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios 2, 3). Si, pues, la vida vieja es de Adán, de donde también el nombre de hombre viejo significa la vida vieja; ¿qué tiene de absurdo que se haya pronunciado una maldición sobre el hombre viejo, a quien el Señor suspendió en el madero? Porque de esa sucesión llevó la mortalidad, nacido mortalmente de la virgen María, teniendo carne no pecadora, pero sin embargo llevando la semejanza del pecado (Romanos 8, 3); porque podía morir, y la muerte es del pecado. De donde también es aquello: Sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido (Romanos 6, 6). No, pues, el Señor por la lengua de Moisés, el siervo de Dios, sino la misma muerte mereció la maldición, que nuestro Señor al asumirla anuló. Aquella muerte, pues, colgó en el madero, que por la persuasión serpentina llegó al hombre a través de la mujer. De donde también Moisés en el desierto levantó al serpiente en el madero como señal de la misma muerte. Y porque de los deseos mortíferos somos sanados por la fe en la cruz del Señor, por la cual la muerte fue suspendida en el madero; por eso, los que eran mordidos por las serpientes, al ver al serpiente que estaba fijado y levantado en el madero, inmediatamente eran sanados (Números 21, 9). A este sacramento el mismo Señor dio testimonio diciendo: Pues como Moisés levantó al serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre (Juan 3, 14). Pero al asumir nuestro Señor, Jesucristo, el género de muerte más ignominioso entre los hombres, es decir, la muerte de cruz, nos recomendó su amor, para que con razón el Apóstol dijera, encendiendo en nosotros su caridad: Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición. Porque está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero (Gálatas 3, 13). Para que no solo ninguna muerte, sino también ningún género de muerte, la libertad cristiana, como la servidumbre judía, temiera.

CAPÍTULO XXII.

Sobre el hombre que Dios mandó apedrear, que fue hallado recogiendo leña en sábado (Números 15, 35). El Señor en el Evangelio, donde sanó la mano seca del hombre en sábado (Mateo 12, 10-13), hizo una obra divina, no humana; ni se apartó del ocio quien mandó y fue hecho. Y por eso no es semejante esto al que recogía leña, que al ser hallado haciéndolo en sábado, fue apedreado por mandato de Dios. Pero sobre la observancia servil del sábado, y sobre la venganza de la muerte temporal, ya se ha dicho mucho. Pues así como en el tiempo de la caridad se encomia la bondad, así en el tiempo del temor se encomia la severidad de Dios. Y cuando aún no convenía antes de la venida del Señor desnudar al pueblo los sacramentos de las figuras legales, no se les invitaba a entender lo significado, sino que se les obligaba a cumplir lo mandado: pues aún no se adherían a Dios por el espíritu, sino que servían a la ley por la carne. Sin embargo, me sorprende que estos lamenten al hombre apedreado por mandato de Dios, porque contra el mandato de la Ley recogió leña, y no

lamenten al árbol secado por la palabra de Cristo (Mateo 21, 19), que no había hecho nada contra ningún mandato; cuando creen que el alma del árbol es igual a la del hombre.

CAPÍTULO XXIII.

Sobre lo que está escrito: Tu mujer como una vid frondosa, y tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa, y verás a los hijos de tus hijos; y sabrás que de esta manera es bendecido el hombre que teme al Señor (Salmo 127, 2-4). Esto dicho figuradamente por el profeta, y que se refiere a la significación de la Iglesia, los maniqueos no lo entienden, y piensan que es contrario a lo que en el Evangelio el Señor dice sobre los eunucos, que se castran a sí mismos por el reino de los cielos (Mateo 19, 12). Pero ya hemos disertado suficientemente sobre el hombre, la mujer y los eunucos en el tercer capítulo.

CAPÍTULO XXIV.

Sobre lo que está escrito en Salomón: Imita a la hormiga, y observa su diligencia, porque desde el tiempo del verano hasta el invierno recoge para sí alimentos (Proverbios 6, 6, 8). Tampoco entienden los maniqueos que esto debe ser entendido espiritualmente, y piensan que se ha mandado que atesoremos en la tierra, o incluso que cuidemos estos graneros, que sin ningún mandato muchos hombres se apresuran a llenar. Y por eso Adimanto dice que aquello del Evangelio es contrario a esta sentencia, donde el Señor dice: No os preocupéis por el mañana (Mateo 6, 34). Pero tampoco entienden que esto se refiere a que no amemos las cosas temporales, ni temamos que nos falten las necesarias, y que por conseguirlas sirvamos a Dios o a los hombres. Pues si esto se dijo para que no se guarde pan para el día siguiente, más bien lo cumplen los vagabundos de los romanos, a quienes llaman Pasivos, que, saciado el vientre con la ración diaria, o donan inmediatamente lo que sobra, o lo arrojan, que los mismos discípulos del Señor, que incluso con el mismo Señor del cielo y de la tierra caminando en la tierra tenían bolsas; o el apóstol Pablo, que despreciador de todas las cosas terrenales, sin embargo, gobernó las cosas necesarias para la vida presente, de modo que incluso sobre las viudas mandó diciendo: Si algún fiel tiene viudas, que les provea suficientemente, para que no se cargue la Iglesia, para que pueda bastar a las verdaderas viudas (1 Timoteo 5, 16). Pero sin embargo, aquello de la hormiga está puesto de tal manera, que así como ella en el verano recoge de donde alimentarse en el invierno, así cada cristiano en la tranquilidad de las cosas, que significa el verano, recoja la palabra de Dios, para que en las adversidades y tribulaciones, que se significan con el nombre de invierno, tenga de dónde vivir espiritualmente. Pues no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Deuteronomio 8, 3, y Mateo 4, 4). Pero si esto les molesta, que la hormiga guarda en la tierra lo que recoge; también enójense con aquel tesoro que el Señor dice encontrado en el campo (Mateo 13, 44).

CAPÍTULO XXV.

De lo que está escrito en Oseas: "Dales un vientre vacío y pechos secos: mata el fruto de su vientre, para que no engendren" (Oseas IX, 14). Y esta expresión profética es ciertamente figurada. Pues tampoco entienden el vientre como de carne en el Evangelio, cuando leen: "De su vientre correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38). Y el Apóstol tenía ciertos pechos cuando decía: "Os di a beber leche, no alimento sólido" (I Cor. III, 2); y de nuevo: "Me hice pequeño entre vosotros, como una nodriza que cuida a sus hijos" (I Tes. II, 7). Y a los Gálatas, que se inclinaban hacia lo carnal, les vuelve a dar a luz, hasta que Cristo se forme en ellos (Gál. IV, 19). Y por eso, a esta sentencia profética no se opone lo que Adimanto puso

del Evangelio, que "en la resurrección de los muertos, ni se casarán ni se darán en matrimonio, ni morirán, sino que serán como los ángeles de Dios" (Mat. XXII, 30). Pues esto es ciertamente lo que también entienden los eunucos, de los cuales habla Isaías: "Les daré un lugar nombrado mucho mejor que hijos e hijas, un nombre eterno" (Isa. LVI, 5). No piensen, pues, que solo en el Evangelio se promete tal premio a los santos: entiendan que el vientre vacío, los pechos secos y el fruto muerto, para que no engendren, se dice de aquellos de quienes el Apóstol dice: "Así como Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también estos resisten a la verdad, hombres de mente corrupta, reprobos en cuanto a la fe; pero no progresarán más; porque su insensatez será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos" (II Tim. III, 8 y 9). Cuando, por tanto, no progresen más, entonces tendrán el vientre vacío, los pechos secos y el fruto muerto. En esta sentencia, que se dignen mirarse como en un espejo.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que está escrito en el profeta Amós: "Si es posible que dos caminen juntos sin conocerse, y que el león vuelva a su cachorro sin presa; si un ave cae en tierra sin cazador, si tienden una trampa sin motivo, para no atrapar nada; si suena la trompeta en la ciudad, para que el pueblo no se asuste: así tampoco se comete ningún mal en la ciudad que el Señor no haga" (Amós III, 3-6). El mal en este lugar no debe entenderse como pecado, sino como castigo. Pues el mal se llama de dos maneras: uno que el hombre hace, otro que sufre: lo que hace es pecado; lo que sufre es castigo. Por tanto, el Profeta hablaba de castigos cuando decía esto. Pues con la divina providencia moderando y gobernando todo, el hombre hace el mal que quiere, para que sufra el mal que no quiere. Así, estos acusan al Profeta que dice esto, como si no hubieran leído en el Evangelio: "¿No se venden dos pajarillos por un as? Y uno de ellos no cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre" (Mat. X, 29). Así, pues, Dios hace el mal, que no es mal para Dios mismo, sino para aquellos a quienes castiga. Por tanto, Él, en cuanto a sí mismo, hace el bien; porque todo lo justo es bueno, y esa venganza es justa. Y por eso no es contrario lo que Adimanto objeta que dijo el Señor: "El árbol bueno da frutos buenos; el árbol malo da frutos malos" (Id. VII, 17). Aunque el infierno sea malo para el condenado; sin embargo, la justicia de Dios es buena, y ese es el fruto del árbol bueno. Pero él, con los males de sus pecados, atesora para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 5, 6). Aunque estos dos árboles están puestísimos en la semejanza de dos hombres, es decir, del justo y del injusto: porque a menos que cada uno cambie su voluntad, no puede obrar el bien. Lo cual está puesto en nuestro poder, enseña en otro lugar, donde dice: "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo". Esto lo dice a aquellos que pensaban que podían hablar bien, siendo malos, es decir, hacer frutos buenos, siendo árboles malos. Pues así añade: "Hipócritas, ¿cómo podéis hablar bien, siendo malos?" (Mat. XII, 33, 34). Por tanto, el árbol malo no puede dar frutos buenos: pero puede hacerse bueno del malo, para que dé frutos buenos. "Porque en otro tiempo erais tinieblas", dice el Apóstol; "ahora sois luz en el Señor". Como si dijera, "En otro tiempo erais árboles malos, y por eso no podíais entonces sino dar frutos malos: ahora sois luz en el Señor", es decir, "y ya hechos árboles buenos, dad frutos buenos"; lo que sigue diciendo, "Andad como hijos de luz: porque el fruto de la luz es en toda justicia y verdad; probando lo que es agradable al Señor" (Efes. V, 8-10). Pues también en el mismo capítulo del Evangelio, si Adimanto no huyera con malicia, podría advertir cómo se dice que Dios hace el mal. Pues allí dice el Señor, lo que también este recordó: "Todo árbol que no da frutos buenos, será cortado y echado al fuego" (Mat. VII, 19). Estos son los males que Dios hace, es decir, los castigos a los pecadores, que echará al fuego los árboles que, perseverando en la maldad, no quisieron hacerse buenos, siendo esto malo

para esos árboles. Pero Dios, como he dicho muchas veces, no da frutos malos, porque el fruto de la justicia es la venganza del pecado.

CAPÍTULO XXVII.

De lo que está escrito en el profeta Isaías: "Yo soy Dios que hago la paz, y creo los males" (Isa. XLV, 7). Esto también se resuelve con la misma regla. Pues Adimanto no reprende que Dios haya dicho, "hago la paz"; sino que haya dicho, "creo los males". Cuando el apóstol Pablo trató estos dos de manera similar en un solo lugar, diciendo: "Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: en los que cayeron, severidad; pero en ti, bondad, si permaneces en la bondad: de lo contrario, tú también serás cortado, y ellos, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados. Porque poderoso es Dios para injertarlos de nuevo" (Rom. XI, 22 y 23). En este discurso apostólico aparece claramente la bondad de Dios, según la cual dijo Isaías, "Yo soy Dios que hago la paz"; y la severidad, según la cual dijo, "creo los males". También muestra que está en nuestro poder, para que merezcamos ser injertados por su bondad, o cortados por su severidad. Por tanto, no es contrario al Evangelio de Isaías, como piensa, o más bien desea que se piense Adimanto, donde el Señor dice: "Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios" (Mat. V, 9). Pues incluso por esa parte debió reconocer que también Isaías sabe que los hijos de Dios son pacificadores, porque por él dijo Dios, "Yo soy quien hago la paz". Pero cuando fijó el ojo en una parte para entender mal, en la otra se cegó a sí mismo. Si otro ciego quisiera decir que el Antiguo Testamento es bueno, donde Dios dice, "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ezeq. XXXIII, 11); pero que el Nuevo Testamento es malo, donde Cristo dice, "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 41): ¿no caería en el hoyo, arrastrando consigo a todos los que lo siguieran, ignorantes e inexpertos en las Escrituras, en la ceguera de la impericia que germina la malicia? Pero quien lee con ojo piadoso, encuentra en el Nuevo Testamento lo que estos acusan en el Antiguo, y en el Antiguo lo que alaban en el Nuevo.

CAPÍTULO XXVIII.

1. De lo que está escrito en Isaías: "Y sucedió que en el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado en un trono alto; y la casa estaba llena de su gloria, y alrededor estaban los Serafines, cada uno con seis alas, y con dos cubrían su rostro, y con dos sus pies" (Isa. VI, 1 y 2). A este lugar Adimanto opone lo que dice el Apóstol: "Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único Dios, honor y gloria por los siglos" (I Tim. I, 17). En esta cuestión hay que preguntarse qué le pareció; o en aquella visión de Isaías omitir las dos alas con las que volaban los Serafines, diciendo: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos"; o no decir todo en las palabras del Apóstol. Pues así dice el Apóstol: "Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos". ¿Acaso temió que la mención de la Trinidad recomendara al Profeta al lector, y se sospechara que algo grande se ocultaba allí? Pues se dice tres veces: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos". En el Apóstol, sin embargo, tal vez vio que si decía "al Dios inmortal", se le respondería lo que ahora decimos a estos: ¿Qué, pues, haría la raza de las tinieblas al Dios inmortal, si no hubiera querido luchar con ella? O si tal vez había leído códices defectuosos, o este es defectuoso donde leemos al mismo Adimanto, no hay que discutir más sobre un asunto dudoso: sino ya preguntar cómo el Profeta dijo que vio a Dios en un trono alto, y el apóstol Pablo dijo verdad, que Dios es invisible. Pregunto, pues, a estos si las cosas invisibles pueden ser vistas. Si dicen que pueden; ¿por qué entonces calumnian si el Profeta vio a Dios invisible? Pero si dicen que no pueden; calumnien más bien al mismo Apóstol, si se atreven, quien dijo: "Porque las cosas invisibles de Dios, desde la creación del mundo, son vistas,

entendidas por medio de las cosas hechas" (Rom. I, 20). Pues él mismo dijo que son "invisibles"; y él mismo dice de nuevo, "son vistas". ¿No se ven aquí obligados a admitir que son invisibles a los ojos corporales, pero visibles a la mente? Así, pues, el Profeta vio a Dios, quien es corporalmente invisible, no corporalmente, sino espiritualmente.

2. Pues se encuentran muchos tipos de visión en las Sagradas Escrituras. Una, según los ojos del cuerpo; como vio Abraham a tres hombres bajo el encinar de Mambré (Gén. XVIII, 1), y Moisés el fuego en la zarza (Éx. III, 2), y los discípulos al Señor transfigurado en el monte entre Moisés y Elías (Mat. XVII, 2, 3): y otras cosas semejantes. Otra, según lo que imaginamos de lo que percibimos por el cuerpo: pues también esa parte nuestra, cuando es asumida divinamente, se revelan muchas cosas, no por los ojos del cuerpo, oídos, u otro sentido carnal; pero sin embargo, cosas semejantes, como vio Pedro aquel lienzo descendiendo del cielo con varios animales (Hech. XI, 5, 6). De este género es también la visión de Isaías, que los impíos reprenden con gran ignorancia. Pues a Dios no lo limita una forma corpórea: pero así como muchas cosas se dicen figuradamente, no propiamente, así también muchas se muestran figuradamente. El tercer tipo de visión es según la mirada de la mente, por la cual se contemplan la verdad y la sabiduría entendidas: sin este tipo, aquellos dos que puse antes, o son infructuosos, o incluso llevan al error. Pues cuando las cosas que se muestran divinamente, ya sea por los sentidos corporales, ya sea por aquella parte del alma que capta las imágenes de las cosas corporales, no solo se perciben de estas maneras, sino que también se entienden con la mente, entonces es una revelación perfecta. De este tercer tipo es la visión que mencioné, diciendo el Apóstol: "Porque las cosas invisibles de Dios, desde la creación del mundo, son vistas, entendidas por medio de las cosas hechas". Con esta visión se ve a Dios, cuando por la piedad de la fe y por el conocimiento de Dios, los corazones se purifican con las mejores costumbres. ¿Qué le aprovechó al rey Belsasar ver la mano escribiendo ante sus ojos en la pared? Pues a esta visión, porque no pudo añadir la mirada de la mente, por la cual se ve mejor lo que se ha visto, es decir, entender lo que se ha visto, aún buscaba ver lo que había visto. Pero con esa agudeza de luz, con la que se entienden estas cosas, Daniel, dotado, vio con la mente lo que aquel había visto con el cuerpo (Dan. V). De nuevo, con aquella parte del alma que capta las imágenes de los cuerpos, el rey Nabucodonosor vio un sueño: y como no tenía el ojo de la mente adecuado para ver mejor lo que había visto, es decir, para entender lo que había visto, por eso buscó para interpretar su visión, la mirada ajena, es decir, la de Daniel: quien, sin embargo, para que le prestara fe cierta, también exigió que se le dijera el mismo sueño. Pero Daniel, revelado por el santo Espíritu de Dios, vio con aquella parte que capta las imágenes de los cuerpos lo que aquel había visto, y con la mente vio lo que significaba (Dan. II). Pero no es profeta del verdadero y supremo Dios quien, habiéndole sido mostradas visiones divinas, las ve solo con el cuerpo, o incluso con aquella parte del espíritu que capta las imágenes de los cuerpos, y no las ve con la mente. Pero a menudo se encuentran en las Escrituras puestas de tal manera como fueron vistas, no también como fueron entendidas; para que la visión de la mente, en la que está todo el fruto, se reservara para ejercitar a los lectores. Pero de muchas cosas que están claramente escritas, se nos manifiesta cómo entendieron aquellas que pusieron en los libros tal como les fueron mostradas figuradamente. Pues a los dos primeros tipos de visión pertenecen las demostraciones figuradas: pero a la visión de la mente, es decir, a la visión de la inteligencia, pertenece la revelación simple y propia de las cosas entendidas y ciertas. Sin embargo, todos estos tipos de visión los exhibe y modera el Espíritu Santo de la suma e inmutable sabiduría con distribuciones maravillosas e inefables. Pero son miserables aquellos que calumnian al Profeta que dice haber visto a Dios, oponiendo la sentencia apostólica, donde se dice que Dios es invisible. Pues si otro quisiera oponer a esta palabra apostólica la palabra evangélica, donde el Señor dice: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"

(Mat. V, 8); ¿cómo responderán que lo invisible puede ser visto? Pues con la palabra oprimen a los inexpertos, y aunque conocen en qué sentido se dice que Dios es invisible, temen que se conozca. Tal es la ruina de los ánimos, que cuando quieren vencer al hombre, son vencidos por el error.